

## **Vascuence y castellano en San Ignacio de Loyola**

GABRIEL MARÍA VERD CONRADI, S.J.

Que San Ignacio habló el vascuence, al menos en los años primeros de su vida que pasó en Loyola, es más que verosímil, pues Azpeitia ha sido una zona de gran densidad vascohablante. Pero que no dejó ni una palabra suya en esa lengua, a pesar de lo tantísimo que escribió (como doce tomos de correspondencia) es un hecho real. Sobre la lengua o las lenguas de San Ignacio se ha escrito bastante, pero con resultados contradictorios. En las páginas que siguen pretendo reunir todos los datos, sistematizarlos y valorarlos, con deseos de objetividad, dentro de lo que a la naturaleza humana le es posible.

### *El medio ambiente lingüístico*

Aunque no se sabe con certeza lo que se hablaba en la Antigüedad en las provincias vascas<sup>1</sup>, asunto indiferente para lo que aquí tratamos, es evidente que la lengua propia (aunque no exclusiva, como veremos) era el vascuence en tiempo de San Ignacio. Es algo que no necesita ninguna demostración, pero recojo algunos testimonios de fuentes ignacianas, porque salen continuamente entre los que han tratado sobre la lengua del santo.

– El obispo de Calahorra, don Juan Bernal Díaz de Luco, le pidió a San Ignacio en abril de 1545 y el 31 de enero de 1551 operarios que supieran

---

<sup>1</sup> Hay varias teorías que se pueden resumir en estas tres. En la Antigüedad las tres provincias estaban pobladas por las tribus de várdulos, caristios y autrigones, indoeuropeos de lengua celta, y Navarra por los vascones. Según la teoría de Schulten, Gómez Moreno, Sánchez de Albornoz y otros, a la caída del Imperio Romano o a principios de la Edad Media los vascones migraron hacia occidente, donde implantaron su lengua (*vascongado* vendría de *vasconicatus* o «vasconizado»).

vasco, puesto que su diócesis abarcaba territorios de esa lengua<sup>2</sup>, como parte de Guipúzcoa (Oñate, etc.). Apela a que «no hay en el mundo prouincia [Guipúzcoa] a quien sea tan obligado» el santo. Y San Ignacio, en carta del 17 de febrero de 1551, le alaba que sea «ángel de los vascongados (a quienes no se puede negar que tenemos particular obligati6n de compadezer y ayudar)» y se lo concedió gustosamente, mandándole «algunos de la mesma lengua, y otros que sin ella mucho podrán ayudar a la edificaci6n de las 6nimas»<sup>3</sup>. Como vascohablantes envi6 a los Padres Antonio de Araoz y Miguel de Ochoa, navarro, y como no vascohablante, pero que sin ello tambi6n podría ayudar a las almas, al menos a San Francisco de Borja.

Este texto ha sido aducido muchas veces, pero con deducciones a mi parecer inadecuadas. 1) Para demostrar que en partes de la di6cesis de Calahorra, y en concreto en Guipúzcoa, se hablaba vasco, es una fuente superflua, porque es evidente por s3 mismo. 2) Demuestra que San Ignacio amaba su tierra, que conocía su situaci6n lingüística, y que su celo por la salvaci6n de las almas alcanzaba a sus paisanos. No faltaría más. Pero no da a entender que conociera el vascuence cuando contest6 a estas cartas. 3) En cierto modo debilita la posici6n del vasco, pues, como deduce García-Villoslada<sup>4</sup>,

---

Pero Michelena y otros defienden la teor3a tradicional, que dice que en el territorio de las tres provincias se hablaba vasco desde la Antigüedad y que la palabra *eusk-* es independiente de *uasc-*. La tercera teor3a pone el centro en los *ausci* (palabra que sí estar3a relacionada con *eusk-*) de Aquitania, donde hay clara onomástica vasca en la Antigüedad. Según Ulrich Schmoll, Jürgen Untermann y otros, los *ausci*, que, según la epigrafía, sí ser3an vascohablantes, son los que, traspasando los Pirineos, transmitieron su lengua al norte de España (al contrario de lo que muchos pensaban), con lo que el vasco no pertenecer3a primitivamente a las lenguas hispánicas. Por otro lado, el hoy abandonado vascoiberismo simplificar3a de un plumazo la soluci6n de la tercera teor3a, pues sí habr3a habido protovasco al sur de los Pirineos, o sea, el ibérico. Con todo lo cual no defiende ninguna de estas teor3as, más complejas de lo que he dicho, pero sí quiero recordar esta problemática, que se suele omitir, fuera de los círculos especializados, como si no existiese. Una exposici6n abarcadora sobre esta complejísima cuesti6n se puede ver en GONZÁLEZ OLLÉ 2004, p. 237-253. Una revisi6n muy especializada y muy crítica sobre los t6picos reinantes y sobre la insostenible –se dice– identificaci6n entre los vascos y los actuales vascos, en *Los vascos* 2009. Recientemente lo trata BESGA 2010, p. 46-47 (por ejemplo, según Martín Almagro y Villar, en las Vascongadas y Navarra solo hay 2 top6nimos vascos en las fuentes antiguas, uno muy cerca de Aquitania y el híbrido *Pompaelo*; la casi totalidad son indoeuropeos), p. 48-49 (sobre *\*eusk, uasc, Ausci*).

<sup>2</sup> *Ep. mixtae* I, p. 210-211; V, p. 720-721.

<sup>3</sup> *Mon. Ign. Epistolae*, III, p. 319-320.

<sup>4</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1958, p. 520: «Y se me ocurre preguntar: ¿pero es que el mismo señor párroco de Azpeitia, antes del Concilio de Trento, predicaba en vascuence, si es que alguna vez predicaba? El que pueda responder con documentos, o siquiera con indicios positivos, que los presente. Yo por mi parte conjeturo que sólo algún franciscano de hondo sentido popular y de fervor apost6lico vendr3a de vez en cuando a predicar en la lengua del pa3s, y aún entonces lo har3a en un vascuence castellanizado. Bien lamentaba esta falta de predicadores vascongados el doctor y celoso obispo de Calahorra Bernal Díaz de Luco escribiendo a San Ignacio de Loyola».

se supone que o no había predicadores o que los predicadores ejercían su ministerio en castellano, cosa que también admite Aguirre<sup>5</sup>. Además el envío de otros predicadores no vascohablantes por parte de San Ignacio confirma una situación lingüística mixta.

– Polanco afirma que en Guipúzcoa predicaba en vasco el P. Araoz<sup>6</sup>, el cual era pariente político de San Ignacio. En concreto, sobrino de Magdalena de Araoz, que estaba casada desde 1498 con el heredero de los Loyola, Martín García de Oñaz, hermano del santo. Íñigo, huérfano al parecer, tenía entonces siete años y miró siempre a Magdalena como a una madre.

Ahora bien, como es bien sabido<sup>7</sup>, los territorios vascohablantes *nunca* en su historia han sido monolingües, conviviendo al norte y al sur de los Pirineos con el galo, el celta o el celibérico, el ibérico y el latín en la Antigüedad, y en la Edad Media con el árabe, el occitano, el gascón, el francés y el castellano (de cuya Corona dependían). Incluso (durante su expansión por los Pirineos) con el aragonés y el catalán.

El vasco, además, tiene muchos préstamos, primero del latín<sup>8</sup> y del romance después, lo que solo se explica por un contacto o imbricación sucesiva con los hablantes de estos idiomas. De tal modo que, según la profesora donostiarra y vascohablante María Teresa Echenique Elizondo, eso significaría que desde tiempos latinos y después visigodos y medievales, junto a los hablantes vascos hubo una comunidad bilingüe vasco-latina, cuyo latín evolucionaría en un romance autóctono, propio del país, y no importado, del mismo modo que ocurrió en Navarra (aunque aquí de un modo muy visible) con el romance navarro. Este grupo de habla latino-romance pertenecería a los grupos dominantes del país, y por lo pronto a los eclesiásticos, pues estos tenían que saber necesariamente el latín y hacer sus estudios en esta lengua. Y porque la latinización-romanización del vasco se produjo principalmente por la vía de la cristianización<sup>9</sup>. Es una idea

<sup>5</sup> AGUIRRE 1935, p. 275, afirma que algunos «conocedores de la historia de aquellos tiempos» dicen que «muchos sacerdotes y en muchas Iglesias de estos pueblos se predicaba en romance». Él ni lo admite ni lo rechaza de plano (tampoco indica una fuente), pero lo achaca a que los predicadores hacían «sus estudios en lenguas distintas del euskera; y esta su lengua nativa, fuera de algunos casos raros, apenas la cultivaban, y al llegar a los pueblos a quienes tenían que doctrinar, se encontraron con la dificultad del idioma».

<sup>6</sup> *Chronicon*, I, p. 89.

<sup>7</sup> Por mencionar solo obras que aquí se citan, véase BESGA 2010, p. 46-47, para la Antigüedad, y OSÉS 1994, p. 467-470, para el gascón.

<sup>8</sup> ECHENIQUE 1997, p. 35: «El contacto vasco-latino debió ser intenso: el euskera está lleno de latinismos, que muestran, además, un contacto vasco-latino temprano». Véase la obra clásica de CARO BAROJA 1945.

<sup>9</sup> ECHENIQUE 1987, p. 67-68; ID., 1997, p. 63-64.

original de María Teresa Echenique<sup>10</sup>, en la que un grupo de investigadores está profundizando con éxito.

En cualquier caso, las tres provincias estuvieron unidas a la Corona de Castilla, lo que introdujo una vía de castellanización a partir de los funcionarios reales, de la fundación de las villas, de los comerciantes, de los escribanos, etc.<sup>11</sup> Esto implicaba que una parte de la población tenía que ser bilingüe ya en la Edad Media. Además los que venían de fuera hablaban el castellano, y los que querían prosperar fuera, en Castilla, necesitaban el romance para comunicarse con el resto de España. Era una opción libre y una necesidad. Y para el clero, como he dicho, el latín era imprescindible (aunque solo fuera para decir Misa), cuyo estudio suponía sin ninguna duda una base romance. Lo mismo se diga, dentro de las Vascongadas, de los notarios y escribanos<sup>12</sup>. (Y San Ignacio se preciaba de ser «muy buen escribano»)<sup>13</sup>. Para escribir en romance, que con el latín era la única lengua escrita, tenían que poder hablarlo.

La castellanización (o el bilingüismo) no era territorial sino vertical o social. Es decir, no es que hubiera entonces unas poblaciones vascas y otras castellanas, sino que dentro de la misma población había hablantes de las dos lenguas, siendo los de las capas sociales superiores romanceados y/o bilingües. Es un hecho bien conocido<sup>14</sup>, pero oigamos decirlo a Michelena, tratando de Guipúzcoa, provincia que, como dice, estaba en el centro de la zona vascohablante sin zonas limítrofes en otras lenguas: «El bilingüismo establecía una separación vertical, todo lo gradual que se quiera, de clase o de cultura, no horizontal o geográfica, en la población»<sup>15</sup>.

La lengua escrita y oficial era el castellano, y, por tanto, tenía que llegar de algún modo a la población para ser eficaz. Por eso el bilingüismo estaba más extendido de lo que parecería, y no solo en las capas ilustradas. Así, dice Michelena: «el bilingüismo, por lo menos, tuvo que estar siempre bastante difundido en todo el país. Uno puede dudar de que buena parte del público

<sup>10</sup> No es el momento de exponer su bibliografía al respecto, pero se puede consultar, de la que cito aquí, ECHENIQUE 1987, cap. 4 (más amplio que en la primera edición de 1984); y 1997, p. 36. También OSÉS 1994, p. 466-467.

<sup>11</sup> ZUBIAUR 1994, p. 476: «La fundación de villas —no menos de 20 en Vizcaya entre los siglos XII y XIV— con su legislación especial, sus escribanos y comerciantes, hicieron que ellas actuaran, en grados diversos, como pequeños focos de castellanización».

<sup>12</sup> Los escribanos de Castilla solían ser «vizcaínos», o sea vascos, hecho curioso, notable y bien conocido (ZUBIAUR 1994, p. 478-479).

<sup>13</sup> *Autobiografía*, n. 11.

<sup>14</sup> Por poner un ejemplo, véase ZUBIAUR 1994, p. 477-478, 482.

<sup>15</sup> MICHELENA 1977, p. 24.

estuviera capacitado para apreciar los matices de las representaciones teatrales en castellano que se daban en el siglo XVI, en Rentería y Lesaca por ejemplo, pero no tiene más remedio que aceptar su realidad»<sup>16</sup>.

Precisamente los textos que he aducido y se aducen sobre la vasconidad lingüística de Guipúzcoa abogan también por el bilingüismo. San Ignacio accede a la petición del obispo de Calahorra de mandar operarios de lengua vasca, pero, como hemos visto, también «otros que sin ella mucho podrán ayudar a la edificación de las ánimas». ¡Y él conocía Guipúzcoa! Luego había una parte de la población que entendía el castellano, pues, si no, era una misión baldía esa pretendida edificación de las almas por predicadores no vascohablantes. El P. Araoz y su tía Magdalena de Araoz, cuñada de San Ignacio, que fue dama de Isabel la Católica, eran también perfectos castellanohablantes.

Vamos a encontrar testimonios de que el conocimiento del castellano estaba más extendido entre los hombres que entre las mujeres, lo que es natural, porque ellos tenían más actividad exterior y lo necesitaban para sus asuntos, mientras que las mujeres permanecían en el hogar. Incluso se dice que lo conocía la mayoría de los varones. El embajador de Venecia ante Carlos V, Andrea Navagero, que pasó por Guipúzcoa en 1529, dice que en Guipúzcoa y en Vizcaya «los más de los hombres lo saben [el castellano], pero las mujeres no conocen más que su habla nativa»<sup>17</sup>. (Esto ocurría en los caseríos hasta tiempos no muy lejanos, en los que los varones sabían algo de castellano, aunque solo fuera por el servicio militar).

#### *La misión de San Francisco de Borja*

Y con esto pasamos a San Francisco de Borja y su visita a las Vascongadas en 1551-1553<sup>18</sup>, poco después del intercambio de cartas entre el obispo de Calahorra, que pedía predicadores vascohablantes, y la respuesta del fundador (en febrero de 1551), accediendo gustoso a ello. Cuando le contestó que mandaría a «otros que sin ella [la lengua vasca] mucho podrán ayudar a la edificación de las ánimas»<sup>19</sup>, se refería, como sabemos, a San Francisco de Borja, que el 4 de abril de 1551 llegaba a Azpeitia. Su lugar de residencia,

<sup>16</sup> Ibidem.

<sup>17</sup> NAVAGERO 1879, p. 347; ID., *Il viaggio fatto in Spagna, et in Francia, dal magnifico M. Andrea Nauagiero* (In Vinegia, appresso Domenico Farri, 1563), p. 44, según SCHURHAMMER 1964, p. 376, nota 33.

<sup>18</sup> Sobre esta estancia, véase DALMASES 1983, cap. V; y POLANCO, *Chronicon*, II, p. 299-313: «De Duce Gandiae ac Collegio Ognatensi» (1551); II, p. 600-613: «De P. Francisco Borgia et Ognatensi Collegio» (1552); III, p. 339-343: «De P. Francisco Borgia et de Collegio Ognatensi» (1553).

<sup>19</sup> *Mon. Ign. Epistolae*, III, p. 319-320.

un eremitorio de Santa María Magdalena, estaba cerca de Oñate, donde la Compañía estaba abriendo un colegio. Formaba un grupo en el eremitorio con el navarro P. Miguel Ochoa<sup>20</sup>, que sería el primer rector del colegio, y otros cuatro jesuitas, cuyos nombres no da Polanco. En mayo le llegó a Borja la aprobación de Carlos V para que pudiera renunciar a sus estados y el 23 del mismo mes (sábado de Pentecostés) recibió la ordenación sacerdotal en Oñate. Recibidas de Roma las indulgencias para su primera Misa, la dijo antes privadamente en el oratorio de la Casa-torre de Loyola el 1.º de agosto (San Pedro ad Vincula), y la primera Misa pública indulgenciada el 15 de noviembre en Vergara<sup>21</sup>.

Si San Ignacio predijo al obispo de Calahorra que los predicadores no vascohablantes «mucho podrán ayudar a la edificación de las ánimas», no mucho sino algo verdaderamente extraordinario fue el fruto que logró Borja con sus predicaciones. La gente acudía en masa a ver al duque santo, que había renunciado a todas las grandezas del mundo para abrazar la humilde vida religiosa. También las autoridades civiles y religiosas. El *Chronicon* de Polanco (que es la fuente que sigo<sup>22</sup>) habla continuamente de ello, por lo que solo puedo espigar unos datos. (También advierto que las ponderaciones son de Polanco). Cuando llegó Francisco de Borja, hombres, mujeres y niños llenaban las vías públicas para acompañar al santo «con increíble alegría», como si fuera el Domingo de Ramos (*Chronicon*, II, p. 300). Su primer sermón fue el día de San Pedro (29 de junio de 1551) en Vergara, donde también fue al hospital a consolar a los pobres. Al día siguiente de su primera Misa, el 2 de agosto, predicó en Azpeitia. Después fue a San Sebastián a predicar en el convento de los dominicos (p. 304). Al pasar por Villafranca le urgió tanta gente que tuvo que detenerse para tenerles una exhortación espiritual con no poco fruto. Lo mismo en Rentería, Hernani y Tolosa. Polanco añade a continuación, como siempre en latín: «Y, aunque se consiguió un fruto egregio con los sermones, hubiera sido mucho mayor si los predicadores hubieran empleado la lengua cantábrica [vasca], pues no todos, sobre todo las mujeres, conocen la lengua castellana, que es la común en casi toda España» (p. 305).

---

<sup>20</sup> También llamado Miguel Navarro. Su vida, en MIQUELEIZ 1932. Fue admitido en la Compañía por San Ignacio en 1548 en Roma. Fue destinado a Nápoles y a Tiboli, antes de ir a Oñate. Murió en Siracusa de Sicilia en 1575 (Ib., p. 140). Su año de nacimiento, 1516, solo lo da POLGÁR 1980, III/2, p. 599. Era una persona muy atractiva, de gran virtud, mortificación, humildad y celo apostólico, que además y tenía el don sobrenatural de sanar a los enfermos por medio de unas oraciones o una bendición, con lo que arrastraba a las masas.

<sup>21</sup> Sobre su primera Misa, LETURIA 1957, II, p. 411-418.

<sup>22</sup> Indudablemente, si consultamos todas las fuentes, como los epistolarios, se podría ampliar más. Véase, por ejemplo, LETURIA, p. 415-416, donde baraja varios testimonios.

En Álava predicó en un convento de monjas con gran consuelo y edificación. El virrey de Navarra le pidió insistentemente que fuera a Pamplona, accedió Borja y predicó cinco veces en la catedral, en el convento de Santo Domingo y en otros dos, «conmoviendo con su palabra a toda la ciudad, y con tanto fruto que era para alabar a Dios» (p. 306). Predicó en Salvatierra con gran edificación de todos, también en un monasterio de monjas y dos veces en otro de franciscanas en Oñate, con tanta admiración que la gente decía que el Espíritu Santo hablaba por su boca. El día de la Natividad de la Virgen predicó con gran satisfacción de los oyentes (p. 308). Borja sentía que se perdiera una gran mies por la falta de confesores de lengua vasca, especialmente por las mujeres, que no entendían el castellano. Por fin celebró el santo su primera Misa pública el 15 de noviembre de 1551 en Vergara, Misa que estaba dotada de indulgencias que, para la ocasión, había concedido el Papa. La concurrencia fue «ingente», con más de diez mil personas, algunas venidas desde más de veinticuatro millas de distancia; de modo que, según los naturales, nunca se había visto nada igual en los Pirineos. Por no caber en la iglesia, la Misa y la predicación tuvieron que hacerse al aire libre (p. 309). «El primer domingo de Adviento, 29 de noviembre, predicó en Oñate; el segundo, en Mondragón; el día de la Inmaculada, en Segura; el tercer domingo, en Vergara; el cuarto, nuevamente en Oñate; la víspera de Navidad, en Vergara»<sup>23</sup>. La gente iba a buscarle al eremitorio y predicaba no solo por los pueblos de Guipúzcoa sino también en Vizcaya (p. 311).

En los dos primeros meses de 1552 San Francisco de Borja continuó en Guipúzcoa, recorriendo los pueblos, en los que ejercitaba el ministerio de la palabra y de la confesión. El día de la Purificación de la Virgen predicó en Lazcano (*Chronicon*, II, p. 600). El 12 de febrero celebró la Santa Misa en Salinas, predicando con gran fruto (p. 601). En Vitoria predicó en la iglesia de los franciscanos, en la de San Vicente, en el monasterio de Santa Clara y en el de la Santa Cruz (p. 602). Días después se dirigió a Bilbao, pero le detuvieron en Durango, donde celebró la Misa y predicó. En Bilbao le recibieron las autoridades y el domingo de sexagésima celebró y tuvo un sermón con mucho fruto, así como al día siguiente en la iglesia de San Antonio (p. 603). También fue a las religiosas de la Encarnación, que eran casi setenta, a las que tuvo un sermón acomodado a ellas. Los bilbaínos quedaron muy conmovidos con sus sermones y coloquios. Le pidieron que les predicara la cuaresma pero creyó que sería mayor el fruto si recorría los pueblos, que tanto se ayudaban con los sermones y ministerios suyos y de sus compañe-

---

<sup>23</sup> Según DALMASES 1983, p. 93. El P. Polanco no menciona estos sermones, pero el P. Dalmases ha usado naturalmente varias fuentes.

ros jesuitas. Comió en el convento de los franciscanos y después les tuvo una plática con gran consolación de los religiosos. Le presionaron para que volviera al convento de las Encarnación, donde pronunció un sermón admirable a las monjas (p. 604). Predicó en los franciscanos el día del apóstol San Matías y de nuevo al día siguiente, sermón que tomaron por escrito el provincial y el guardián de los franciscanos. Se dijo que no se había oído nada igual. Al otro día predicó en el hospital sobre los pobres de espíritu con gran consuelo de los oyentes. Fue a Elorrio a decir Misa y predicar. Después se trasladó a Vergara, donde predicó el domingo de quincuagésima, el primer día de cuaresma y el viernes siguiente sobre el salmo *Miserere* (p. 605). Entonces recibió una carta de San Ignacio encomendándole una misión en Portugal. El 19 de marzo se puso en camino, aprovechando el tercer domingo de cuaresma para predicar en Vergara (p. 606). Prescindió de sus muchas actividades en su recorrido por Castilla, pero el viaje se tuvo que interrumpir (se realizaría el año siguiente) y volvió a Oñate al principio del verano. El 1.º de agosto predicó en Vergara (p. 612), y decidió recorrer con sus compañeros los pueblos que no había visitado, llegando hasta el Cantábrico. El tema de sus sermones solía ser los diez mandamientos. Y «cuando terminó de predicar en Azpeitia, ciudad que está junto a Loyola, el P. Miguel Ochoa ejerció el mismo ministerio en lengua vasca»<sup>24</sup>. ¿Fue una traducción? No lo dice el texto, ni lo entiende así el P. Miqueleiz<sup>25</sup>. Había auditorio para las dos lenguas, pues el P. Araoz en Oñate predicaba en ambas<sup>26</sup>. Tras visitar la casa de Loyola, volvió al colegio de Oñate, donde predicó dos veces sobre los artículos de la fe (p. 612).

En el año 1553 siguió el P. Francisco con sus compañeros en su eremitorio junto a Oñate. Allí todos daban Ejercicios Espirituales. Y «un tal licenciado Hernani, teólogo, vasco de nacimiento, solía acompañar al Padre Francisco de Borja, y traducía para la gente más ruda a la lengua vernácula vasca los sermones del Padre, que predicaba en castellano, pues en general no entendía este idioma»<sup>27</sup> (*Chronicon*, III, p. 340). El licenciado Hernani

<sup>24</sup> *Chronicon*, II, p. 612: «Cum Azpeitiae, prope quod oppidum est domus Loyolae, ipse concionatus esset, P. Michaël Ochoa in cantabrica lingua eodem officio functus est».

<sup>25</sup> El biógrafo del P. Ochoa, MIQUELEIZ 1932, p. 77: «En Azpeitia predicó el Padre Francisco en Castellano y el Padre Miguel en Euzkera con éxito maravilloso».

<sup>26</sup> En una entretenida e informativa carta del P. Pedro de Tablares al P. Francisco de Villanueva, del 5 de julio de 1550, se dice del P. Araoz en Oñate que había predicado algunas pláticas «á algunos en romance y á otros en latín, y muchas en vascuence» (*Cartas* 1874, II, p. 569). Luego había oyentes castellanos.

<sup>27</sup> «Quidam etiam licentiatuſ Hernani, theologuſ, et natione cantaber, Patrem Franciscum Borgiam comitari solebat, et in cantabrica lingua populo rudiori conciones ejusdem Patris, quas in castellano idioma habebat, vulgo non intelligenti hoc idioma, in cantabrico ipsis vernaculo declarabat».



entró en la Compañía<sup>28</sup> Por fin el 1.º de abril, Sábado Santo de 1553, reanudó su viaje a Portugal, despidiéndose de la tierra de San Ignacio.

La labor de San Francisco de Borja había sido ubérrima, a pesar de que solo he espigado lo de su predicación en el *Chronicon* de Polanco. En los epistolarios y en los *Monumenta Borgiae* se podría haber sacado más, como he dicho. Hay que tener en cuenta que posiblemente no era Borja el único hispanohablante, pues vivía con otros cuatro jesuitas además del P. Ochoa, y San Ignacio le escribió al obispo de Calahorra que también le mandaría «otros» predicadores que no conocían la lengua vasca. Lo que ocurre es que el P. Polanco solo se fija en Borja. Polanco siente que el fruto no fuera mayor porque no todos los predicadores conocían el vasco<sup>29</sup>. Lo dice en plural, luego algunos predicadores no eran vascohablantes. Naturalmente los acompañantes de Borja que sabían vascuence predicaban y catequizaban en esta lengua<sup>30</sup>.

¿Qué podemos concluir sobre la lengua de las Vascongadas y Navarra, donde predicó el santo?

– Como hemos visto, decía Navagero, tras su paso por Guipúzcoa y Vizcaya en 1529, que la mayoría de los hombres conocían el castellano, pero no las mujeres. Y Polanco repite el hecho de que las mujeres no conocían la lengua de Castilla. Sin embargo Borja predicaba también en los conventos de monjas. ¿Con un traductor o estaban más instruidas? No descarto lo segundo, pues las monjas de clausura tenían que estar alfabetizadas para poder cantar el oficio divino en latín.

– ¿Era traducido en su predicación? Es probable que de vez en cuando sí, pero solo se dice una vez, al final de su misión, en 1553 (lo del licenciado Hernani), y, si hubiera sido siempre, habría salido a relucir. Hernani traducía *para la gente más ruda, que no entendía el castellano*, hemos leído en el P. Polanco. Y, si San Ignacio dijo que también enviaría predicadores no vascohablantes, da a suponer que el castellano también se entendía, y sin duda el santo conocía bien su tierra. Al repetir Polanco que los más de los hombres entendían el castellano, está indicando que su predicación era comprendida directamente por bastantes de sus oyentes. Precisamente una frase de Polanco confirma que habitualmente predicaba sin traductor: «Y, aunque de las predicaciones se consiguió un fruto egregio, hubiera sido mucho mayor, si

<sup>28</sup> Era párroco de Zumaya y en 1552 quiso entrar en la Compañía, lo que parece que consiguió, muriendo en Lequeitio en brazos del P. Ochoa en 1554 (MIQUELEIZ 1932, p. 78-79).

<sup>29</sup> *Chronicon*, II, p. 305.

<sup>30</sup> Sobre ellos, LOPETEGUI 1961, p. 18-21.

los predicadores [en plural] y los que recogían la mies hubieran usado la lengua cantábrica, pues no todos, especialmente las mujeres, conocen el idioma castellano»<sup>31</sup>. Luego el fruto de Borja, aunque egregio, no fue mayor porque no se le traducía<sup>32</sup>. Borja también confesaba, y en los hospitales predicaba y consolaba a los más pobres. Terminó con la peregrina afirmación, imaginada por alguno, de que Francisco de Borja aprendió el vascuence para predicar en él<sup>33</sup>.

Recordemos las palabras de Michelena: «Uno puede dudar de que buena parte del público estuviera capacitado para apreciar los matices de las representaciones teatrales en castellano que se daban en el siglo XVI, en Rentería y Lesaca por ejemplo, pero no tiene más remedio que aceptar su realidad»<sup>34</sup>. Y, si captaban los matices de las obras de teatro en castellano representadas en Rentería, lo mismo tenía que ocurrir con los sermones. Borja predicó precisamente en Rentería.

### *Azpeitia*

La Casa-torre de los Loyola está situada a mitad de camino entre Azpeitia y Azcoitia, aunque pertenece municipalmente a la primera. Lo digo porque sí consta que Azcoitia era puramente de habla vascongada en 1593, además de «muy pequeño y de poca vecindad y ruines casas», con solo 150 habitantes, según un informe del P. Gil González Dávila, provincial de Castilla<sup>35</sup>, pero Azpeitia era más importante y contaba con una familia nobiliaria. Sin embargo, a pesar de que los Loyola bilingües influyeran por su posición, los azpeitianos en general eran sin duda vascohablantes en la vida ordinaria.

<sup>31</sup> *Chronicon*, II, p. 305.

<sup>32</sup> Frente a estos argumentos, creo que carece de fuerza lo que dice LOPETEGUI 1961, p. 21: «¿Por qué hablando de San Francisco de Borja se nos repite tanto la necesidad de intérprete, o de acompañantes misioneros que supieran vascuence». ¿Se nos repiten *tanto* ambas cosas? Solo se dice una vez que fuera traducido. De esa necesidad de intérprete no he encontrado ningún testimonio (ni lo aduce LOPETEGUI). AGUIRRE 1935, p. 275, vas más allá al decir que «siempre» iba acompañado de algún intérprete. Acompañado de vascohablantes, naturalmente que sí, pero que fueran intérpretes en su predicación es una afirmación no documentada que choca con varios testimonios.

<sup>33</sup> *Cartas* 1874, III, p. 50, nota: «Salía á tiempos por los pueblos comarcanos á pedir limosna, enseñar la doctrina y predicar en vascuence, de cuya lengua difícilísima aprendió lo bastante para hacerse entender de aquella gente sencilla; y también en castellano». Es una afirmación naturalmente gratuita, sin documentación que la avale y que contradice el relato de Polanco, pero la aduce AGUIRRE 1935, p. 275. ¿Quién puso esa nota en las *Cartas de San Ignacio*? Esta edición aparece como anónima. Sobre sus editores y vicisitudes, véase MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, S.J., *La Compañía de Jesús en la España contemporánea*, I (Madrid 1984), p. 1093, nota 321.

<sup>34</sup> MICHELENA 1977, p. 24.

<sup>35</sup> LOPETEGUI 1961, p. 7.

Aunque los varones entendieran el castellano, como se dice que solía ocurrir en Guipúzcoa, en su casa tenían que hablar en vascuence, que era normalmente la única lengua de la mujer y los hijos.

Pero esto no quita un cierto bilingüismo en Azpeitia: «Desde un punto de vista sociolingüístico todo hace pensar en una situación de bilingüismo (castellano-vasco)», afirma Colera<sup>36</sup>, basándose en el bilingüismo vertical, que ya conocemos. «Lógicamente las relaciones de nobles, oficiales, etc., con la corte no podían tener otro vehículo de expresión que el romance castellano. También parece lógico suponer que en sus no menos frecuentes relaciones con las gentes del pueblo utilizarían la lengua vasca»<sup>37</sup>.

Solo así se explica que San Francisco de Borja predicara al menos dos veces en Azpeitia, como hemos visto. La segunda vez predicó él primero en castellano y después el P. Ochoa en vasco. El primer sermón no tenía sentido si no hubiera quienes le comprendieran.

Un caso paralelo lo tenemos en un texto que se suele aducir a favor del vasquismo de Azpeitia, pero que supone también un cierto bilingüismo, y es el siguiente. En 1535 se elaboraron en Azpeitia unas *Ordenanzas para los pobres*<sup>38</sup>. El texto en castellano se hizo público y se leyó en la Misa del domingo 23 de mayo, pero también se tradujo palabra por palabra al vascuence:

«Fue publicado e leydo [sic, en masculino] esta hordenança de suso por don Andrés de Loyola, rretor de la dicha yglesia, dando a entender e haziéndoles sabidores del contenimiento de la dicha orhdenança [sic] de berbo ad berbun, según e de la manera que está scripto e asentado, en lengua vascongada, a altas voces para que beniese a notiçia de todos, e ninguno podiese pretender ynorança que lo non supo»<sup>39</sup>.

Este texto ha sido muy repetido a favor del uso del vasco en la población, pero eso ya era evidente, y las *Ordenanzas para los pobres* se promulgaron y leyeron primero en castellano (*publicado e leydo esta hordenança*), antes de traducirlas oralmente al vasco, lo que solo tiene sentido si en la feligresía había gente que también entendía la lengua de Castilla. Y si los redactores y el lector-

<sup>36</sup> COLERA 1994, p. 483.

<sup>37</sup> Ib., p. 485. La misma conclusión en p. 487.

<sup>38</sup> *Hordenanças tocantes a los probes*, en *Fontes doc.*, p. 456-460; *Mon. Ign. Scripta*, I, p. 539-543.

<sup>39</sup> Transcrito según la grafía de *Fontes doc.*, p. 459-460.

traductor conocían las dos lenguas. Es lo que también deduce Adela Colera<sup>40</sup>. El lector fue Andrés de Loyola, sobrino del santo, entre los testigos estaba Beltrán de Loyola, otro sobrino suyo, y firmó su hermano Martín García de Oñaz<sup>41</sup>.

El P. Lopetegui nos recuerda lo que ya hemos visto, que «había, naturalmente, un elemento bilingüe, formado en especial por el clero, la nobleza, los secretarios, los notarios y otros empleados públicos»<sup>42</sup>. Todo lo cual se daba en Azpeitia, empezando por el clero: la parroquia con su párroco, que era un hermano de San Ignacio, y sus beneficiados, a los que hay que añadir los capellanes de las ermitas<sup>43</sup>. La nobleza recaía en la familia Loyola.

### *La lengua de la casa de Loyola*

Sigamos avanzando. ¿Cuál era la situación lingüística de la familia de los Loyola, en concreto del *tronco* familiar del solar? (Pues los hijos creaban nuevas ramas y no tenemos datos de todas ellas). Por lo pronto bilingüe por pertenecer a la nobleza, con todas las relaciones jurídicas y exteriores que comportaba. Pero también eran bilingües, como dice el P. Lopetegui «aquellos que, por un motivo u otro, habían vivido, comerciado, trabajado o militado en otras regiones»<sup>44</sup>. Y ese era el caso de los Loyola, proclives a salir de su tierra y conocer el mundo.

Esto nos obliga a hacer un excursus sobre la relación del tronco central de los Loyola con Castilla, o mejor, *los Loyola y el reino hispánico, con sus posesiones y su presencia en Europa y Ultramar*<sup>45</sup>. No se trata de hacer un estudio completo sino solo de constatar la relación de los Loyola fuera de su tierra. Veamos algunos datos<sup>46</sup>. (Antes recordemos que los Loyola eran oñacinos, el bando adicto a Castilla, frente a los gamboinos, partidarios de Navarra, y que, por tanto, siempre estuvieron al servicio de la Corona de Castilla)<sup>47</sup>.

<sup>40</sup> COLERA 1994, p. 484: «Este testimonio nos demuestra también que la capa de población más culta o acomodada (nobles, hidalgos, escribanos, sacerdotes) era bilingüe. Efectivamente, Don Andrés de Loyola es capaz de traducir las *Ordenanzas* en lengua vascongada, desde el púlpito y [*de*] *verbo ad verbum*».

<sup>41</sup> El lector, los testigos y los firmantes constan en el documento. Andrés de Loyola, rector de la parroquia, era hijo del hermano mayor de San Ignacio, Juan Pérez de Loyola; Beltrán de Loyola era hijo de su hermano segundo y heredero, Martín García de Oñaz.

<sup>42</sup> LOPETEGUI 1961, p. 6.

<sup>43</sup> Sobre las ermitas bajo el patronato de la casa solar de los Loyola, véase LETURIA 1941, p. 24-27; LETURIA 1957, I, p. 73

<sup>44</sup> LOPETEGUI 1961, p. 6.

<sup>45</sup> Véase LETURIA 1941, p. 52-92: cap. II: «Loyola y Castilla».

<sup>46</sup> La fuente principal es la Genealogía historiada del P. Dalmases en *Fontes doc.*, p. 759-822. Sobre la familia, véanse también LETURIA 1941, p. 52-58; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 29-57.

<sup>47</sup> Véase, por ejemplo, *Fontes doc.*, p. XVIII-XX.

– El P. Leturia pone el comienzo de esta relación con Castilla en la batalla de Beotíbar contra los navarros (1321), «que es el enclave definitivo de Guipúzcoa en su política hacia el Rey de Castilla. [...] Beotíbar es la consagración heráldica de los Oñaz y Loyola. Los paladines de la jornada fueron ciertamente Gil López de Oñaz y *Juan Pérez de Loyola* [el II de ese nombre] con sus cinco hermanos [...] No hay duda, al menos, que Beotíbar orienta para siempre la política y la espada del linaje. [...] De ahí el rumbo meridional que se acentúa desde 1321 en la familia»<sup>48</sup>. Notemos la frase: *el rumbo meridional*.

– Pues ya uno de los hermanos de los mencionados Juan y Gil de Oñaz-Loyola estuvo en la conquista de Algeciras (1342-1344) con Alfonso XI<sup>49</sup>.

– El tatarabuelo de San Ignacio, Beltrán Ibáñez (o Yáñez) de Loyola (I), hijo de Juan Pérez de Loyola (II), «se había criado en casa del magnate castellano Diego López de Zúñiga», cuya esposa estaba emparentada con los Loyola<sup>50</sup>, por lo que conocía perfectamente su lengua. Y un hijo suyo, Juan Pérez de Loyola, «murió moço en Castilla»<sup>51</sup>. Este don Beltrán, uno de los pilares de la estirpe y del señorío, fue el que edificó la torre o fortaleza de Loyola y recibió muchas recompensas de Juan I y Enrique III de Castilla por sus «muchos serviçios» a la Corona<sup>52</sup>.

– Sin embargo, su nieto (y a la vez abuelo paterno de San Ignacio), Juan Pérez de Loyola (III), fue castigado con destierro por Enrique IV, junto con los otros Parientes Mayores, por sus luchas contra las villas<sup>53</sup>. A él le tocó

<sup>48</sup> LETURIA 1941, p. 53-54. La cursiva es del autor. *Fontes doc.*, p. 761; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 30-31. El citado en segundo lugar, Juan Pérez de Loyola, era el hermano mayor y Gil López de Oñaz el menor. En cuanto a la heráldica, por los siete hermanos Oñaz-Loyola que participaron en la batalla, Alfonso XI les concedió las siete bandas rojas en campo de oro como escudo de armas de los Oñaz. El escudo de los Loyola está formado por dos lobos con una olla y aparece en la fachada de la Santa Casa. El escudo de los Oñaz-Loyola junta las armas de ambos linajes. A lo largo del tiempo se han combinado de diversas maneras, hasta que apareció el escudo auténtico (de 1536) al prepararse los *Fontes Doc.*, donde se reproduce en la lámina que está frente a la p. 496, junto al texto de la institución del mayorazgo.

<sup>49</sup> *Fontes doc.*, p. 761. GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 33. El rey le premió con posesiones en la proximidad de Placencia de las Armas (cooficialmente, Soraluze), fundada por el mismo Rey en 1343, donde aquel levantó una Casa de Loyola o Loyola-echea.

<sup>50</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 33; LETURIA 1941, p. 55, 64. Hay varios personajes de este nombre. Aquí se trata de Diego López de Zúñiga, o de Stúñiga (Castañares, Burgos, h. 1350-Valladolid, 1417), Mariscal y Justicia Mayor de Castilla, Co-gobernador de Castilla y León durante las minorías de los reyes Enrique III y Juan II, casado con Juana García de Leiva, que estaba emparentada con los Loyola.

<sup>51</sup> *Fontes doc.*, p. 764.

<sup>52</sup> Sobre él, *Fontes doc.*, p. 762-764; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 33-37.

<sup>53</sup> *Fontes doc.*, p. 767-768. Sobre las luchas entre los Parientes Mayores y las villas, GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 38-44.

el castigo mayor, cuatro años en Jimena de la Frontera (Cádiz): «Otrosí que Juan Pérez de Loyola sea desterrado por quatro años para la villa de Ximena». Y añade el monarca que todos han de estar «en servicio de Dios e mío y en defensión de la fee cathólica, guerreando con vuestras personas e con vuestros cavallos e armas, a vuestra costa, contra los enemigos de la fee cathólica [...] Yo el rey»<sup>54</sup>. Esto no menoscabó en Juan Pérez de Loyola su lealtad al monarca, que le confirmó sus privilegios y le concedió otros<sup>55</sup>. Pero lo que nos interesa es que estuvo en Andalucía guerreando por Castilla. Además los retos o desafíos que Juan Pérez de Loyola y los otros Parientes Mayores habían fijado en público en las villas (mayoritariamente vascohablantes), estaban en castellano<sup>56</sup>.

– Martín García de Licona, abuelo materno de San Ignacio, llamado «el doctor Ondárroa» por su lugar de origen, estuvo consagrado al servicio del rey de Castilla y fue auditor de la Real Audiencia o Chancillería de Valladolid, por lo que tenía que residir con frecuencia en dicha ciudad<sup>57</sup>.

– De su hija y madre de San Ignacio, doña Marina Sánchez de Licona, muy poco se sabe, ni su lugar de nacimiento, que algunos suponen en Ondárroa, pero, como su padre tenía que residir habitualmente en Valladolid, incluso podía haber nacido allí<sup>58</sup>, y ambos tenían que conocer bien el castellano. Por otra parte, doña Marina estaba emparentada con la esposa del Contador mayor, Juan Velázquez de Cuéllar, doña María de Velasco, a través de su madre, doña María de Guevara, la cual vivía en Arévalo (Ávila) cuando allí fue enviado el joven Íñigo<sup>59</sup>.

– Beltrán Yáñez (Ibáñez) de Oñaz y Loyola (II), padre de San Ignacio, luchó por la sucesión de Isabel la Católica contra el rey de Portugal, que defendía a la Beltraneja, estuvo en el cerco de Toro, que había ocupado Portugal, y defendió Burgos contra el asedio lusitano (además de defender Fuenterrabía, asediada por los franceses). Por todo ello le recompensaron los Reyes Católicos<sup>60</sup>.

<sup>54</sup> *Fontes doc.*, p. 61, 62; HENAO 1894, VI, p. 339, 340. GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 43.

<sup>55</sup> LETURIA 1941, p. 57-58. GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 43-44.

<sup>56</sup> HENAO 1894, VI, p. 329-336 (ver p. 334). Véanse unas frases en LETURIA 1957, I, p. 70.

<sup>57</sup> *Fontes doc.*, p. 769-770.

<sup>58</sup> *Fontes doc.*, p. 776; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 48.

<sup>59</sup> HENAO 1894, p. 179-184, llama a doña María de Guevara «tía de San Ignacio». LETURIA 1941, p. 64; Id. 1957, I, p. 80-81; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 76-77.

<sup>60</sup> *Fontes doc.*, p. 126, 773-775. GARCÍA VILLOSLADA 1986, p. 44-46, que se pregunta si también estuvo en la toma de Granada.

– Si pasamos a los *hermanos* de San Ignacio<sup>61</sup>, todos los varones salieron de su tierra vascongada. El mayor, Juan Pérez de Loyola, fue a luchar por España contra los franceses en Nápoles, donde hizo testamento y parece que murió. El segundogénito y heredero, Martín García de Oñaz, debió de frecuentar la corte de Castilla, pues se casó en Ocaña (Toledo) con Magdalena de Araoz, dama de la reina Isabel, que conocería en la corte de los Reyes Católicos; también participó, a las órdenes del Duque de Alba, en la conquista de Navarra (1512), y acudió a la defensa de Pamplona (1521), en la que cayó herido su hermano Íñigo. Beltrán de Loyola fue bachiller, por lo que tuvo que acudir a un centro académico de importancia, pero se dio a las armas, muriendo en Nápoles al servicio de España como su hermano mayor. Ochoa Pérez de Loyola también se dio a la milicia, en Flandes y en España. A Hernando de Loyola le sedujo la aventura de América. El hermano sacerdote Pero López de Loyola hizo tres viajes a Roma; escribió a su hermano mayor desde la Ciudad Eterna, naturalmente en castellano, como se puede ver. Íñigo, el menor, marchó para Arévalo en su adolescencia, para seguir por España<sup>62</sup>, Europa y Tierra Santa.

– Magdalena de Araoz, esposa de Martín García de Oñaz y tía del P. Araoz, merece una mención aparte<sup>63</sup>. Su padre, «Don Pedro de Araoz, era veedor de la armada española en Nápoles cuando murió en 1502»<sup>64</sup>. Fue dama de Isabel la Católica (algunos dicen que también ahijada), por lo que se casó en el palacio de la reina en Ocaña con Martín García de Oñaz. Con esta ocasión Isabel le regaló una tabla de la Anunciación, que todavía está en el oratorio de la Santa casa de Loyola. Aunque era natural de Vergara, estuvo bien enraizada en Castilla.

– La nuera Juana de Recalde. El heredero Martín García de Oñaz, hermano del santo, instituyó el mayorazgo en beneficio de su hijo Beltrán de Oñaz y Loyola y sus descendientes. Este se casó con Juana de Recalde. Ahora bien, aunque de padre azcoitiano, Juana de Recalde era sevillana, dato desconocido hasta hace pocos años. Su padre, Juan López de Recalde ejercía desde 1507 el cargo de contador de la Casa de Contratación de Indias en Sevilla. Se casó en Sevilla con Lorenza de Idiacaiz, de familia guipuzcoana, pero con parientes también trasladados a Sevilla. Como el padre, Juan López de Recalde, ya había muerto en el momento de la boda, esta se celebró en Lebrija (Sevilla),

<sup>61</sup> Sobre todos ellos, *Fontes doc.*, p. XX, p. 777-794; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, cap. II: «En el hogar paterno. Saetas disparadas a la redonda», de significativo título; LETURIA 1941, p. 58.

<sup>62</sup> Por Castilla y el Reino de Aragón (Manresa...). Pero muy plausiblemente estuvo también en Sevilla, según MEDINA 1992 y 1994.

<sup>63</sup> *Fontes doc.*, p. 784-785; LETURIA 1957, I, p. 78-80, 82-83.

<sup>64</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 51. *Fontes doc.*, p. 784.

donde vivía la madre de la novia, Lorenza de Idiacaiz<sup>65</sup>, naturalmente con su hija Juana. El matrimonio de Beltrán y Juana se celebró el domingo 9 de julio de 1536 en Lebrija, a donde acudió como testigo su hermano Martín García de Loyola (II). En octubre del año siguiente nació y fue bautizado en Lebrija el primogénito Martín. Parece que Beltrán no volvió a Loyola hasta después de la muerte de su padre en 1538<sup>66</sup>. En Loyola nacerían sus restantes hijos (tuvo tres varones, que se le murieron, y dos hembras, por lo que Lorenza de Oñaz sería su sucesora). ¿Sabía vasco la esposa de Beltrán, la sevillana Juana de Recalde? No lo sabemos, pero castellano desde luego que sí. (No sería este el único matrimonio de la familia de San Ignacio con sevillanos. Beltrán López de Gallaiztegui, hijo de Magdalena de Loyola, sobrina del santo, se casó con Isabel de Recalde, la penúltima de las hijas de nuestro Juan López de Recalde)<sup>67</sup>.

– Paso a la hija de Beltrán que, por muerte de sus hermanos varones, heredó el mayorazgo, Lorenza de Oñaz<sup>68</sup>. Se casó con Juan de Borja, tercer hijo de San Francisco de Borja. Hizo su testamento en Oporto y murió en Berlanga (Badajoz), camino de Portugal. Dos de sus cuatro hijas se hicieron religiosas, Francisca en las Descalzas Reales de Madrid y Juana en Valdemoro (Madrid). La mayor, Leonor de Oñaz y Loyola y Borja, se casó con otro Borja (Pedro de Borja y de Centelles) y consiguió de Felipe II la dispensa que imponía el mayorazgo de residir en Loyola<sup>69</sup>. La menor, Magdalena de Borja Oñaz y Loyola<sup>70</sup> (que heredó el mayorazgo, porque Leonor no tuvo hijos), se casó en el Palacio Real de Madrid con el que sería el primer conde de Fuensaldaña (Valladolid) y fundó la casa profesa de la Compañía de Jesús en Valladolid, con una iglesia dedicada a San Ignacio ya canonizado<sup>71</sup>. (No tuvo descendencia y traspasó el mayorazgo a Ana María de Loyola y Coya, que veremos). Con este matrimonio entre Lorenza de Oñaz y Juan de Borja la integración de la familia Loyola con el reino de España llegó a su culminación, pero quiero terminar con otros sobrinos del santo.

<sup>65</sup> *Fontes doc.*, p. 469: «Laurientiae de Idiacaiz, Lebrixae commorantis»; p. 470: la aprobación del matrimonio se hizo en la casa de la madre de Juana de Recalde, «Lebrixae, in domo Laurentiae de Idiacaiz». El P. Dalmases en las tres páginas que dedica a Beltrán de Oñaz en la Genealogía (*Fontes doc.*, p. 794-796) no dice que su mujer fuera de Sevilla, porque no lo sabía (lo descubrió Medina), pero, al editar los documentos del mayorazgo, transcribe los textos precedentes.

<sup>66</sup> MEDINA 1992, p. 47-51; MEDINA 1994, p. 39-41; MEDINA 1997, p. 44-45. Sobre el día de la boda dice Medina en 1992 que fue el 20 de julio de 1536, y en el artículo de 1994 que fue el domingo 9 de julio de 1536. Debe de ser la segunda fecha, que es la que cae en domingo.

<sup>67</sup> MEDINA 1994, p. 41.

<sup>68</sup> Sobre ella, su marido y sus hijas, *Fontes doc.*, p. 805-811.

<sup>69</sup> *Fontes doc.*, p. 809.

<sup>70</sup> *Fontes doc.*, p. 809-811.

<sup>71</sup> *Fontes doc.*, p. 810. Ella murió en 1625 y la canonización fue en 1522.



– Entre los muchos Loyola que salieron de su terruño están algunos sobrinos de San Ignacio, hijos de Martín García de Oñaz. Acabamos de ver a Beltrán de Oñaz y Loyola. El llamado «capitán Juan Pérez de Loyola» (o Pérez de Oñaz), destinado primero a la vida eclesiástica, estudió en Salamanca, pero abrazó la milicia, estuvo al servicio de Carlos V en Italia y murió en Hungría contra los turcos, al servicio de Fernando de Austria<sup>72</sup>. Millán de Loyola, entró en Roma en la Compañía de Jesús y San Ignacio lo mandó a estudiar a la Universidad de París; también estuvo en Alemania<sup>73</sup>. Catalina Vélez de Loyola se casó con un azpeitiano, que llegó a ser notario real y secretario de la Santa Inquisición, por lo que se fue a vivir con él a Madrid<sup>74</sup>.

– Pero a no pocos de los Loyola no les bastaba España y Europa y fueron a América<sup>75</sup>. Me limito a los más cercanos al santo. Ya hemos visto a Hernando de Loyola, hermano de San Ignacio, que fue a América. Un sobrino nieto de Íñigo, el franciscano Martín Ignacio de Loyola (que tomó el segundo nombre en honor de su tío), fue la primera persona que dio dos veces la vuelta al mundo, terminando como obispo de Asunción (Paraguay)<sup>76</sup>. Y acabo con otro ilustre sobrino nieto de San Ignacio, Martín García de Oñaz (III)<sup>77</sup>, conocido como «el capitán Loyola», que luchó contra los incas en Perú, pero se casó con una princesa inca, Beatriz Clara Coya<sup>78</sup>, y terminó como gobernador de Chile. Su única hija, Ana María de Loyola y Coya, que era la heredera de la extinta monarquía incaica, vino a España y se casó otra vez con un Borja (Juan Enríquez de Borja y Almansa), recibiendo de Felipe II el Marquesado de Oropesa. Además, como he dicho, recayó en ella el mayorazgo de los Loyola<sup>79</sup>.

– Hemos repasado el tronco de la familia Loyola, pero no puedo dejar de señalar al músico y sacerdote Juan o Juanes de Anchieta<sup>80</sup>, que era primo hermano del padre de San Ignacio y, por tanto, tío segundo del santo. Nació probablemente en Urrestrilla, barrio de Azpeitia, hacia 1460 o algo

<sup>72</sup> *Fontes doc.*, p. 796-798.

<sup>73</sup> *Fontes doc.*, p. 798-799.

<sup>74</sup> *Fontes doc.*, p. 800-802.

<sup>75</sup> MATEOS 1956.

<sup>76</sup> *Fontes doc.*, p. 803-804, con bibliografía sobre el personaje. MATEOS 1956, p. 164-176. Una edición de su viaje, en MARTÍN IGNACIO DE LOYOLA, *Viaje alrededor del mundo*, edición, introducción y notas: J. Ignacio Tellechea Idígoras: col. Crónicas de América, 54 (Madrid, Historia 16, 1989).

<sup>77</sup> *Fontes doc.*, p. 812-813. MATEOS 1956, p. 153-164.

<sup>78</sup> *Coya* se traduce como emperatriz.

<sup>79</sup> Sobre ella, *Fontes doc.*, p. 811, 813, 818.

<sup>80</sup> Sigo la biografía de PLAZAOLA 1997, p. 15-100.

después; quizás en la Torre Anchieta. Hacia los veinte años fue a estudiar a la Universidad de Salamanca. Con 27 años logra el puesto de cantor en la Capilla de Isabel la Católica, después el de capellán de la Reina, lo que le obligaba a viajar con aquella corte ambulante por toda España, de Galicia a Valencia y Sevilla, por poner un ejemplo. En 1495 pasa a ser maestro de Capilla del príncipe Don Juan. Antes de 1499 fue agraciado con una canonjía en la catedral de Granada. A la muerte de Isabel la Católica en 1504, pasó al servicio de la nueva Reina Juana de Castilla (la Loca), de nuevo como cantor y maestro de Capilla, por lo que tuvo que acompañar a la reina a Flandes (de donde era su marido Felipe de Habsburgo) e Inglaterra. En Flandes fue maestro de sus hijos, el futuro Carlos V, y sus hermanas Leonor e Isabel. Al final de sus días volvió a Azeiteia como rector de la parroquia, donde murió en 1523. Es posible que fuera uno de los promotores de la ida del Íñigo adolescente a Arévalo para que se incorporara a la corte, pero en todo caso «es seguro que Anchieta e Íñigo de Loyola coincidieron repetidas veces en la Corte, puesto que los historiadores dan por supuesto que ambos acompañaban a los ilustres personajes reales en algunos de sus desplazamientos»; y en la formación de los caballeros «la música y el canto corrían a cargo del azeiteiano Juanes de Anchieta», en los que participaría Íñigo bajo la tutela de su tío<sup>81</sup>.

El importante escultor del Renacimiento español Juan de Anchieta<sup>82</sup>, nacido en Urrestrilla hacia 1533 y fallecido en Pamplona en 1588, aunque se estableció en la capital de Navarra, también vivió y trabajó en Castilla y Aragón. Estaría emparentado con su homónimo el músico, aunque no se puede saber si también con los Loyola. Pero en todo caso, es una muestra de la apertura de horizontes de la familia. Lo mismo se diga del Beato José de Anchieta (1534-1597)<sup>83</sup>, el gran apóstol del Brasil, que, aunque nacido en Canarias, procedía de la misma familia de Urrestrilla. Es de notar que en el mismo Brasil usaba preferentemente la lengua hegemónica, que era el español, como se puede ver en su correspondencia y en sus obras líricas y dramáticas<sup>84</sup>.

---

<sup>81</sup> *Ib.*, p. 46-47.

<sup>82</sup> *Ib.*, p. 101-145.

<sup>83</sup> Puede verse su vida, *ib.*, p. 147-222, aunque la bibliografía sobre su persona es muy abundante. Por ejemplo, GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 974-993.

<sup>84</sup> EXTREMERA 2008, p. 307. En el Archivum Romanum S.I. de Roma se conservan 10.445 versos de poesía lírica del Beato Anchieta, de los cuales el 45,7% están en español, el 24,2% en portugués, el 21,5% en tupí y el 8,4% en latín. Del género dramático (dirigido principalmente a la evangelización de los indios) se conservan 5.744 versos, de los cuales el 42,5% están en tupí, el 39,1% en español y el 18,4% en portugués. Todo esto refleja el uso de estas lenguas en el Brasil de su tiempo, de lo que trata el artículo.

*La onomástica de la familia Oñaz y Loyola* (nombre este, que alguno hace proceder del latín)<sup>85</sup> también es iluminadora, por lo que podemos repasar su árbol genealógico hasta los sobrinos de San Ignacio<sup>86</sup>. Aparte de estos dos apellidos, otros (muy repetidos) eran romances, empezando por el López de Loyola del santo. Abundan los López, los Pérez, los Ibáñez, los Martínez, y tengamos en cuenta los García<sup>87</sup>. Entre los nombres de pila hay algunos vascos, como Ochoa y Juaneiza<sup>88</sup> (los dos únicos hermanos del santo sin nombre limpiamente castellano), Ochanda y Juanecha, pero lo normal es que sean castellanos: Lope, el primero de la stirpe (y no Ochoa, su equivalente vasco), Juan (siete), María (seis), Beltrán (cinco), Íñigo (no vasc. Eneko), Gil, Sancha, Inés, Elvira, Emilia, Teresa, Marina, Catalina, Hernando, Pe[d]ro, Magdalena, Petronila, Millán, Lorenza. Estos nombres revelan un contacto con Castilla, de donde se tomaron, y la castellanización de la familia. (Mientras que la mayoría de los nombres medievales vascuences se encontraban en las clases humildes)<sup>89</sup>.

*Resumo* este recorrido genealógico, que se ha alargado, pero que creo que nos ilumina sobre la lengua de la familia Loyola. Ya el tatarabuelo de San Ignacio, Beltrán Ibáñez de Loyola, se había criado en casa del magnate castellano Diego López de Zúñiga. Dominaba, pues, la lengua de Castilla. A partir de él es frecuente que sus descendientes salieran de su tierra, con lo que el conocimiento del castellano, tanto por su estatuto de nobleza como por sus relaciones exteriores, era algo obligado. El abuelo paterno del santo estuvo varios años en Jimena de la Frontera (Cádiz). Su abuelo materno vivió en Valladolid como auditor de la Real Audiencia. El padre de San Ignacio luchó en Castilla a favor de Isabel la Católica y se casó en Ocaña. Todos sus hijos varones, y hermanos del santo, fueron a Nápoles, estuvieron en la corte de los Reyes Católicos, lucharon por sus reyes en España y Flandes, fueron a América, viajaron a Roma, y el

<sup>85</sup> Sobre la etimología de Loyola, véase LETURIA 1941, p. 14-16; VERD 1995, p. 92-95. Fuera de algunas fantasías populares (como la de *lobo* y *olla*, tomados del escudo), se suele admitir que viene del vasco *lo(h)i* 'lodo' y *ola*, derivativo local (MICHELENA 1973, § 412, 484), con el significado de «lugar de lodo», «lodazal», «terreno lodoso y gredoso» (como París, *Lutetia Parisiorum*). Ahora bien, HENAO 1894, III, p. 131, cree que la palabra vasca vine de lat. *lutum* 'lodo': «La palabra *loy*, ó *loya* del vascuence, aprendida de la latina *lutum*, significa barro en castellano». No entro en esta etimología, pero se podría pensar mejor en un derivado romance, como cast. *lodo*, sin tener que remontarse al latín.

<sup>86</sup> En *Fontes doc.* hay tres árboles genealógicos.

<sup>87</sup> Pues, sea cual sea su etimología, es un apellido españolísimo. Pero es que, según IRIGOYEN 1981, García no viene de vasc. *artz* 'oso', como se suele decir, sino de *garzón*, latinizado *garcio*, *-onis*, siendo una palabra de origen germánico. Pero es el apellido más extendido en España.

<sup>88</sup> Sobre *Juaneiza* véase VERD 1982.

<sup>89</sup> Véanse las relaciones de pecheros (personas sujetas a contribución) que edita GARCÍA LARRAGUETA 1957, y que recoge MICHELENA 1964, p. 33-36 (§ 2.1.7). Como dice MICHELENA 1957, p. 138: «esos nombres se encuentran de preferencia entre gentes de condición humilde».

menor de ellos, Íñigo López de Loyola salió a los catorce años hacia Arévalo, para recorrer España antes de ir a Francia, Flandes, Inglaterra, Italia y Tierra Santa. Fuera de las Vascongadas no les servía la lengua de su tierra.

Los sobrinos y sobrinos nietos del santo siguieron sus pisadas: estudios en Salamanca, cambio de residencia a Madrid, Valladolid. Algunos llegaron a América. Si se debe suponer que los Loyola eran bilingües, a partir del matrimonio de Lorenza de Oñaz con un hijo de San Francisco de Borja (y quizás antes con el casamiento de Beltrán de Oñaz con la sevillana Juana de Recalde) la castellanización es completa y posiblemente exclusiva. Recordemos lo dicho de las cuatro hijas de Lorenza de Oñaz (la heredera residió fuera de Loyola, dos se hicieron monjas en Madrid y la menor se fue a Valladolid).

Con todo esto pretendo esclarecer la penetración del castellano en la familia y deducir que ese castellano lo poseían ya en su tierra. En general es poco verosímil que se lanzaran al mundo hispánico sin saber la lengua en el momento de su salida. Pero con ello no pretendo negar que también supieran el vasco. Lo necesitaban para hablar con sus convecinos, el párroco Pero López de Loyola para tratar con sus feligreses, todos los de la familia para hablar con los que trabajaban en sus campos y en su casa.

*Las mujeres de la familia.* Navagero y Polanco, este a propósito de las predicaciones de San Francisco de Borja, decían, como hemos visto, que la mayoría de los varones entendían el castellano pero que las mujeres no. La causa parece clara: generalmente ellas no se relacionaban con el exterior ni hacían estudios. Pero, ¿era así en la familia Loyola?

Parecería confirmar las palabras de Navagero y Polanco el caso siguiente, que aducen algunos. En los procesos de canonización de San Ignacio, Leonor de Oñaz y Loyola y Borja, biznieta de Martín García de Oñaz, nos habla de Marina de Loyola, hija del anterior y sobrina de San Ignacio. Por otra parte, cuando los señores fueron los dos Borja, el segundo casado con esta Leonor, como consiguieron del rey no tener que residir en la Casa-torre del mayorazgo y se ausentaban de Loyola, necesitaban un administrador, y esta Marina (Uso) de Loyola fue la «cabeza» o administradora de la Casa-torre con ambos<sup>90</sup>, especialmente en las ausencias de los señores<sup>91</sup>. Pues bien,

<sup>90</sup> *Mon. Ign. Scripta*, II, p. 759: «la señora doña Marina de Loyola, que era sobrina del P. Ignacio, hija de su hermano, y estaba por cabeza en la casa». La única Marina de Loyola, hija de Martín García de Oñaz, era la que Dalmases llama Marina Uso (= Paloma) de Oñaz y Loyola, que, en efecto, fue administradora de la casa de Loyola cuando dos Borja consecutivos se unieron a la familia (*Fontes doc.*, p. 802-803).

<sup>91</sup> *Fontes doc.*, p. 809.

testifica Leonor que «ha oído decir» que Marina fue a la cárcel a conseguir la confesión de un condenado a muerte inglés, y que, «por no saber la lengua inglesa la dicha doña Marina, en su propia lengua que era vizcuense fué nuestro Señor servido que le pudiese persuadir que se confesase»<sup>92</sup>, lo que hizo el reo en latín. El hecho, aunque lo atribuye a una inspiración o milagro de San Ignacio, es problemático: que convirtiera a un inglés hablándole en vascuence<sup>93</sup>. La declarante no estaba presente, pues vivía fuera de Loyola<sup>94</sup> y lo que cuenta es un rumor («ha oído decir»). Al decir «en su propia lengua», indica que el vascuence era la lengua habitual de Marina de Loyola, como era corriente en las mujeres. Pero ¿era monolingüe? Podría deducirse de este problemático testimonio, por no haberle hablado al inglés en castellano. Pero el uso de la lengua de Castilla no habría mejorado el entendimiento con el inglés. Si el hecho es cierto, indica espontaneidad en la elección de la lengua, pero eso no excluye el castellano. Por otra parte, si era administradora de la casa de Loyola, cuyos cabeza de familia fueron dos Borja consecutivos, ¿cómo se entendía con ellos? Resulta raro, además, cuando su hijo fue el eminente franciscano Martín García de Loyola, que ya conocemos, el que dio dos veces la vuelta al mundo y acabó de obispo del Paraguay. Sabemos además que Marina de Loyola escribió una carta a un deudo suyo canónigo de Zaragoza<sup>95</sup>. Sin duda lo hizo en castellano, que era la lengua letrada.

Pero de otras mujeres de la familia troncal de los Loyola nos consta que sabían bien el castellano. Y desde la generación de San Ignacio en una línea *ininterrumpida*. Su madre, doña Marina Sánchez de Licona, lo tuvo que hablar, pues su padre era auditor de la Real Chancillería de Valladolid, lo que le obligaba a vivir habitualmente allí. Magdalena de Araoz, la mujer de su hermano Martín, el heredero, fue dama de honor de Isabel la Católica y se casó en su palacio de Ocaña. Una sevillana (Juana de Recalde) fue la esposa del hijo mayor y heredero de Martín, Beltrán de Oñaz. Su hija Lorenza de Oñaz, que heredó el mayorazgo, se casó con un hijo de San Francisco de Borja. ¿En qué lengua se hablaban? La hija de Lorenza, Leonor de Oñaz y Loyola y Borja, se casó con otro Borja y se fue a vivir a Valencia. Dos de sus hermanas se hicieron monjas en Madrid; la menor, Magdalena, se casó en el Palacio Real de Madrid y vivió en Valladolid. Como Leonor de Oñaz no tuvo

<sup>92</sup> *Mon. Ign. Scripta*, II, p. 760.

<sup>93</sup> LOPETEGUI 1961, p. 12-13, explica ampliamente este hecho, al que le da mucha importancia.

<sup>94</sup> Repito que su marido, Juan de Borja, consiguió de Felipe II que los señores del mayorazgo no tuvieran que residir en Loyola (*Fontes doc.*, p. 809). Doña Leonor hizo esta declaración en Valencia.

<sup>95</sup> *Mon. Ign. Scripta*, II, p. 969.

hijos, el mayorazgo pasó a su hermana menor Magdalena, la cual tampoco dejó descendencia y lo traspasó (como hemos visto) a Ana María de Loyola y Coya, nacida en Perú de Martín García de Oñaz (III), sobrino nieto de San Ignacio, la cual se casó con otro Borja. *En fin, desde la madre de San Ignacio todas las señoras de la casa de Loyola eran castellanohablantes.*

*¿Qué se hablaba en la casa solariega de Loyola?* Evidentemente no era lo mismo en los principios que en épocas posteriores. Hubo una evolución. Con el primer matrimonio, que unía las dos casas, el de García López de Oñaz e Inés de Loyola (hacia 1261) se puede suponer que en casa se hablaría en vasco. El nieto *Jaun* Juan Pérez de Loyola (II) luce un título vasco, *jaun* ‘señor’, que es significativo. Sin embargo, con sus seis hermanos, lucharon la batalla de Beotibar (1321) por la que Alfonso XI les concedió las siete bandas rojas en campo de oro como escudo de armas. La familia estaba en contacto con Castilla, lo que suponía el conocimiento de su lengua. Por ejemplo en aquel de los siete hermanos que estuvo en la conquista de Algeciras. Si saltamos al final, cuando se producen los tres matrimonios con los Borja, se puede suponer que el predominio del castellano en la familia sería completo.

Pero nos interesa el punto medio de la familia de San Ignacio. Y hemos visto que todos los hermanos varones salieron de su tierra por los dominios de España. Sabían el castellano a la fuerza, pero ¿qué se hablaba en la familia? No me permito aseverar nada, pero lo que han intuido los Padres Leturia y García-Villoslada es lo que sigue.

El guipuzcoano Pedro de Leturia opina lo siguiente. Piensa que Íñigo pasó su tiempo entre la Casa-torre y el caserío de la nodriza. «En ellos debieron de correr en un solo cauce el castellano, medianamente concertado, de su padre y hermanos mayores, con el vascuence de la madre y la nodriza»<sup>96</sup>. Pero su madre, doña Marina Sánchez de Licona, tenía que conocer perfectamente el castellano, pues tuvo que residir en Valladolid con su padre, mientras este fue auditor de la Real Chancillería.

El navarro Ricardo García-Villoslada piensa que «el castellano sería el lenguaje más corriente y usual dentro de la familia, pues todos los documentos que de ellos conservamos –y son muy numerosos– están naturalmente redactados en castellano. [...] Sabido es, además, que las personas de distinción y nobleza tenían a menos el hablar la lengua inculta de los vaqueros y de los labriegos. Y los Loyolas se preciaban de nobleza y de riqueza»<sup>97</sup>.

<sup>96</sup> LETURIA 1941, p. 43.

<sup>97</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 510. Igual piensa MATEOS 2004, p. 224: «Muchísimas veces María Garín llevaría al niño a la casa-torre para que lo besara su padre Don Beltrán y

Pueden parecer unas palabras muy tajantes, pero recordemos la diferenciación «vertical» que se daba en la lengua entre las capas sociales. Oigamos también a un par de autores. Un viajero extranjero (el «amable Venturino») decía en 1571 de Álava: «Y se ve que las personas del pueblo hablan en ella vizcaíno o vascongado, como dicen, lengua difícilísima de aprender, si bien los nobles hablan claramente castellano»<sup>98</sup>. Y Luis Michelena: «El vascohablante, tan pronto como su círculo de acción se ampliaba algún tanto, se veía obligado a adquirir un conocimiento, por lo menos pasivo, de algún romance, mientras que no ocurría lo mismo con personas de habla materna románica»<sup>99</sup>. Es decir, el romancehablante de nacimiento («habla materna», dice) no se sentía inclinado a aprender el vascuence. Con todo, ya he dicho que me parece claro el bilingüismo de la familia Loyola en tiempo de San Ignacio.

### *Las lenguas del joven Íñigo*

Sabemos que hacia los catorce años Íñigo fue al corazón de Castilla, Arévalo (Ávila), donde Isabel la Católica había pasado su infancia. Iba como paje de don Juan Velázquez de Cuéllar, Contador mayor del Reino. ¿Qué lenguas hablaba cuando salió para Castilla?

Se suele dar por supuesto que conocía el vascuence. El argumento que se suele repetir es que fue amamantado por María de Garín<sup>100</sup>, casada con un herrero, que residía en el caserío de Eguibar, cercano a Loyola y que todavía existe. La razón que se aduce es que su madre era mayor y de mala salud, tras alumbrar a su último y duodécimo hijo<sup>101</sup>. (Pero también pudo ser una costumbre que se siguió con todos los hijos, pues su hermano mayor tuvo una nodriza llamada Ochanda)<sup>102</sup>. Aunque no se conoce la fecha de muerte de su madre, parece que no sobrevivió muchos años. Si Íñigo durante la lactancia se crió en el caserío, como suponen los autores, aprendió en esos años el vasco sin duda.

También se aducen tres cartas del P. Araoz a San Ignacio, que incluyen cuatro palabras vascas. Este argumento es débil, pues se trata de palabras

---

le acariciaran sus hermanas Juaniza, Magdalena, Sancha y Petronila; y entre beso y beso el benjamín iba oyendo y entendiendo las primeras palabras del castellano familiar. Y mientras crecía en el caserío y la casa solariega, Íñigo aprendía sonoras frases castellanas».

<sup>98</sup> ZUBIAUR 1994, p. 478

<sup>99</sup> MICHELENA 1987, p. 80.

<sup>100</sup> Sobre ella, LETURIA 1941, p. 39-44; Id. 1957, I, p. 84-85.

<sup>101</sup> Se suele decir que tuvo trece hijos, dato tomado del proceso de canonización y repetido por los biógrafos posteriores. Pero solo están identificados doce (más dos ilegítimos). Véase *Fontes doc.*, p. 777-781.

<sup>102</sup> La nombra Juan Pérez de Loyola en su testamento (*Fontes doc.*, p. 144).

muy conocidas y las verdaderamente vascas son solamente dos. Pero lo examinaré más adelante, porque pertenece a otra etapa de su vida.

Sin embargo, añadido un argumento a favor de su conocimiento del vascuence, que no recuerdo haber leído. Analizaré más adelante un texto de Ribadeneira en el que dice que San Ignacio, como cántabro (o sea, vasco), usaba palabras impropias o inusuales, inventándose las a partir del latín. Veremos que la conclusión es inverosímil: que le faltara vocabulario castellano y que lo tomara del latín. Pero, aunque la conclusión parezca poco creíble, como veremos, Ribadeneira está atestiguando en segundo plano que San Ignacio era vascohablante. Y Ribadeneira lo conocía bien. Después volveré sobre este texto. En cualquier caso, ya he dicho que en mi opinión la familia Loyola era bilingüe.

Ahora bien, ¿hablaba Íñigo el castellano en Loyola? Un autor extranjero dice que lo empezó a hablar al llegar a la corte de Arévalo, lo que supone un desconocimiento de su situación social y familiar. Pero además hay argumentos concretos en contra.

El P. Fernando Mateos ofrece uno que me parece concluyente. Sabemos que San Ignacio hizo de testigo en un juicio en Azpeitia con 14 años<sup>103</sup>, y comenta el P. Mateos: «A sus catorce años “Don Íñigo de Loyola” no solo entendía un documentos notarial, escrito en un castellano medieval tardío, sino que actuó como testigo en la promesa formal de saldar una deuda contraída por la compra de un rocín»<sup>104</sup>. Firma el documento castellano como *Don Ynigo*, cosa que no podría haber hecho si no hubiera entendido el documento.

Además están sus estudios. Íñigo estaba destinado al principio al estado eclesiástico, aunque después cambió de rumbo por las letras y las armas, antes de que Dios lo enderezara hacia su rumbo definitivo. «El niño fué al principio destinado por su padre para la carrera clerical, iniciándole en algunos rudimentos de estudios que le permitieran en seguida la tonsura y el goce de algún beneficio en la parroquia. Así parece sugerirlo el hecho de que ya para 1515 hizo valer el joven su carácter de “tonsurado”, sin que los acusadores lograsen probar claramente lo contrario»<sup>105</sup>. Ahora bien, los estudios eclesiásticos tenían como fundamento el conocimiento de la lengua latina, pero este no se puede emprender sin unos conocimientos previos de

<sup>103</sup> El documento se reproduce en *Fontes narr.*, I, p. 21\*-22\*. Y es bien conocido, porque se usa para determinar el año de nacimiento del santo.

<sup>104</sup> MATEOS 2004, p. 224.

<sup>105</sup> LETURIA 1941, p. 13.



leer y escribir. Y naturalmente en castellano<sup>106</sup>. No se enseñaba a escribir en vascuence, que no era considerada una lengua letrada.

Los testimonios sobre los estudios del joven Íñigo son los tres siguientes. El de Polanco es el más restrictivo: «cuando solamente había aprendido a leer y escribir, fue enviado a la corte real, para ejercitarse en las tareas propias de los niños nobles y de la corte»<sup>107</sup>.

Nadal dice sucintamente en una ocasión que fue *domi liberaliter educatus*<sup>108</sup>. Por lo pronto, que estudió en su casa. Pero ¿qué significa *liberaliter educatus*? La frase es de Cicerón y la veo traducida como «que ha recibido una educación liberal», lo que no aclara nada. Pero el adverbio *liberaliter* es «como conviene a un hombre libre, noblemente, con cortesanía». Aquí está la clave: *como un hombre libre*, no como un siervo. En la antigüedad clásica las *artes liberales* estaban en oposición a las *artes serviles*. Es decir, la formación intelectual de los hombre libres, frente a las artes manuales de los siervos. Naturalmente, de las siete artes liberales, que formaban el *trivium* y el *quadrivium*, San Ignacio solo recibiría en su casa un baño elemental de gramática y aritmética, y quien sabe si de música, ya que le gustaba tanto.

Esta interpretación concuerda con el otro texto de Nadal: Íñigo pasó su infancia bajo el cuidado de sus padres y de un pedagogo, *pie ac nobiliter educatus*<sup>109</sup>: «educado piadosamente y como corresponde a un noble». El envió a la corte de Arévalo no pretendía otra cosa que la continuación de este tipo de educación, como hemos leído en Polanco, que añade: «como los jóvenes dedicados a una formación áulica y militar»<sup>110</sup>. Es de notar lo del «pedagogo».

Un resumen de ambos textos parece uno del P. Roque Menchaca vascongado de Llodio (Álava), con el uso de *liberaliter* y *nobiliores*. Tratando de las familias de Ignacio y Javier, dice que los nobles aprendían el castellano desde la infancia: *Nam hujus primaevae linguae usus quaquaversus sensim contrahitur. Nobiliores certè, qui liberaliùs educantur, Castellanam linguam*

<sup>106</sup> Así piensa también COLERA 1994, p. 487.

<sup>107</sup> POLANCO, *De vita*, p. 513: «Cum enim legere tantum et scribere didicisset, in curiam Regis missus, in eiusmodi ministeriis, quibus pueri nobiles *et aulici* solebant, est versatus». La cursiva es del editor.

<sup>108</sup> NADAL, *Dialogi*, p. 231.

<sup>109</sup> NADAL, *Apologia*, p. 62: «Pueritiam domi exegit sub parentum ac pedagogi cura, pie ac nobiliter educatus».

<sup>110</sup> POLANCO, *De vita*, p. 513: «ut iuvenes aulici et militari studio dediti». Aunque añade que tales jóvenes solían llevar una vida moral bastante libre.

*a pueris edocentur*<sup>111</sup>. Es decir: «Pues el uso de esta antigua lengua [el vascuence] poco a poco sufre una regresión por todas partes. Y ciertamente los nobles, que se educan en las artes liberales, aprenden la lengua castellana desde su niñez».

Cualquiera que fuese el grado de educación que recibiera en su casa, era una educación con vistas primero al estado eclesiástico, que después se cambió a un futuro servicio en la corte, para la administración de cargos públicos o para la diplomacia o para las armas. Y al servicio del Rey de España. Por tanto, aparte de que cualquier estudio suponía el conocimiento o el aprendizaje del castellano, el joven Íñigo, ya siguiera la carrera clerical, ya se incardinara en el servicio a la Corona, se veía obligado a conocer bien la lengua de Castilla, que es lo que aprendería, ya en el ambiente familiar, ya con el *pedagogo*.

He dicho el ambiente familiar pues los Padres Leturia y García-Villoslada suponen que esa lengua se usaba en la familia. ¿Se puede extrapolar a entonces la costumbre de los padres bilingües que enseñan dos lenguas a sus hijos desde su infancia, cayendo a cargo de un progenitor el hablar a su hijo en una lengua y al otro progenitor en otra? Esto ocurre tanto en padres de distinta nacionalidad como de la misma en regiones bilingües. No sé si se puede llevar a aquellos tiempos esta táctica, pues Íñigo no lo necesitaría por su relación con la familia de su nodriza. Ni tampoco sus hermanos, pues los niños absorben en seguida la lengua de los otros chiquillos en sus juegos.

Termino con unas palabras del P. García-Villoslada: «En su niñez hablaría el vascuence, a lo menos con su nodriza, con los criados de casa y con algunos amigos y conocidos; el castellano sería el lenguaje más corriente y usual dentro de la familia»<sup>112</sup>. Y también: «Con los amigos de Azpeitia y con la gente sencilla de las caserías (*caseríos* dicen hoy) Íñigo conversaría en la lengua del pueblo –la milenaria lengua vasca–; en casa comúnmente usaría la lengua castellana, la que se preciaban de hablar las personas nobles y cultas. En la correspondencia epistolar con sus familiares no empleó otro idioma que el castellano»<sup>113</sup>.

### *El vascuence de Ignacio cuando volvió a Azpeitia en 1535*

Permítasele al autor empezar con una experiencia personal. Muchos años antes de pensar en este artículo me había llamado la atención que los vascos que conocía y llevaban años fuera de su tierra decían que habían olvidado el

<sup>111</sup> MENCHACA 1804, p. 230, § 218.

<sup>112</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 510

<sup>113</sup> *Ib.*, p. 64. Del mismo parecer es MATEOS 2004, p. 224: «en su casa hablaba castellano, y en Azpeitia y por los caseríos conversaba en eusquera».

vascuence casi del todo, con bastante dificultad para hablarlo. En jesuitas y en no jesuitas. Y no veía que ocurriera lo mismo en hablantes de otras lenguas. Ahora, preparando este estudio, han aparecido varios testimonios en el mismo sentido.

El P. García-Villoslada apuntala este hecho con autores antiguos: «Que nunca olvidó el vascuence es cosa muy difícil de creer a quien conozca la facilidad con que el vascongado, salido de su tierra, olvidaba su lengua nativa [...] Ya Feijoo en sus *Cartas eruditas* (la 250) alude a este fenómeno de los vascos en Castilla. Y el navarro Huarte de San Juan advirtió en su tiempo una cosa parecida»<sup>114</sup>. Después lo confirma con su propia experiencia: «Conozco a muchos vascos condiscípulos míos que por no haber ejercitado su lengua materna durante la carrera de los estudios después de cinco o siete años no se atrevían a pronunciar un sermoncito de un cuarto de hora (ni siquiera preparándolo de antemano)»<sup>115</sup>.

Lo que retoma años después: «Era voz en su tiempo, que si un joven vasco sale a educarse o a medrar en Castilla –cosa entonces muy frecuente– y permanece allí algunos años, vuelve a su tierra con el romance castellano perfectamente aprendido, pero con el vascuence olvidado. Eso le tuvo que ocurrir al joven Iñigo de Loyola [...]»<sup>116</sup>.

El jesuita Jorge de Aguirre, a propósito de las predicaciones de San Francisco de Borja, dice que «algunos más conocedores de la historia de aquellos tiempos [que no nombra], urgiendo la dificultad, seguirán diciendo que muchos sacerdotes y en muchas iglesias de estos pueblos se predicaba en romance»<sup>117</sup>. Si es verdad o no, no nos interesa ahora sino la explicación del P. Aguirre, porque responde a algo que conocía: «Los predicadores de estas provincias siempre tuvieron que hacer sus estudios en lenguas distintas del euskera; y esta su lengua nativa, fuera de algunos casos raros, apenas la cultivaban. Y al llegar a los pueblos a quienes tenían que doctrinar, se encontraron con la dificultad del idioma»<sup>118</sup>.

El también jesuita León Lopetegui, respondiendo al P. García-Villoslada, reconoce el hecho respecto a los que se han alejado del país durante varios años, pero lo mitiga:

<sup>114</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1958, p. 519. Lo de Huarte de San Juan lo veremos más adelante.

<sup>115</sup> *Ib.*, p. 520.

<sup>116</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 510.

<sup>117</sup> AGUIRRE 1935, p. 275. La frase entrecomillada tiene un lapsus de sintaxis, pues «muchos sacerdotes» carece de verbo.

<sup>118</sup> *Ib.*, p. 276.

«Los objetantes presentan casos conocidos por ellos, de compañeros, que a pesar de haber sabido la lengua vasca eran incapaces de predicar en ella. [...] Tampoco nosotros ni otros de nuestros compañeros de noviciado o de estudios, éramos capaces de predicar en vascuence durante nuestra permanencia en Loyola, llegados de un ambiente no euskeldún. Hubiéramos necesitado de más preparación. Pero sí podíamos explicar el catecismo en la portería del colegio a los niños de los contornos sin preparación especial. [...] Por lo demás, téngase presente, que aun los que creían haber olvidado su lengua nativa por prolongadas estancias en el extranjero, se han visto luego sorprendidos por la facilidad con que la han recordado en poco tiempo, al volver a estar en ambiente propicio. He podido comprobarlo en varios casos con compañeros míos»<sup>119</sup>.

Obsérvese que dice *nosotros* –él era natural de Azpeitia, como San Ignacio–. También a él se le olvidó la lengua en pocos años, aunque después la recuperó.

El P. Lopetegui recuerda un caso de 1575. El P. Domingo de Aldálur, natural de Elgóibar, llegó desde Francia en 1575 al colegio de Oñate, después de haber estado muchos años fuera, en Italia, Cerdeña y Francia, pero resultó que había olvidado el vasco. Por lo que el rector del colegio escribió sobre él: «Este sujeto no fue de utilidad a este colegio *por no saber la lengua*»<sup>120</sup>. Y, sin embargo, curiosamente no había olvidado el castellano en sus correrías por el extranjero.

Todos estos hechos nos ilustran la vuelta de San Ignacio a su tierra en 1535, tras una ausencia de treinta años y con 44 años de edad. Es una ausencia muy grande, si tenemos en cuenta que los compañeros jesuitas de García-Villoslada y Lopetegui habían perdido gran parte de su lengua nativa en el período que va del noviciado al magisterio, que era a lo más de ocho años (cinco o siete, dice el primero).

El P. Schurhammer dice, contra el P. García-Villoslada, que San Ignacio volvió a Loyola en 1521-1522, cuando es llevado a la Casa-torre a reponerse de sus heridas en la defensa de Pamplona. Y también: «El proceso de 1515 parece suponer algunas visitas anteriores a la del año 1515. En 1517-1521 lo vemos en Pamplona, donde se hablaba castellano y vascuence»<sup>121</sup>. Son datos,

<sup>119</sup> LOPETEGUI 1961, p. 44-45.

<sup>120</sup> Ib., p. 8. Cursiva del autor.

<sup>121</sup> SCHURHAMMER 1964, p. 376. A continuación dice que en 1524 conoció a un capitán francés de lengua vasca y a un vizcaíno antiguo conocido, y que en París entabló amistad con un guipuzcoano y un doctor de la Baja Navarra. Pretender que estos encuentros le ayudaran a fomentar el vascuence me parece impropio.

pero que hay que matizar. Volvió a la Casa-torre, pero a un hogar donde más o menos se hablaba el castellano, cuya señora, doña Magdalena de Araoz, había vivido en la Corte de Castilla. Y el santo se convirtió leyendo libros de santos en castellano, que, según Leturia, no pertenecerían a su hermano Martín, bien poco amigo de los libros, sino a su mujer, «más aficionada que su esposo a la literatura y a la devoción, como educada en la corte de Isabel la Católica»<sup>122</sup>.

Íñigo estuvo en Pamplona, decía Schurhammer; digamos que estuvo al servicio de don Antonio Manrique de Lara, segundo Duque de Nájera (1515-1535) y virrey de Navarra (1516-1521)<sup>123</sup>, cuyas residencias, antes que en Pamplona, estaban el La Rioja: Nájera y Navarrete, siendo esta la preferida<sup>124</sup>. Y que en su virreinato se movía también por Castilla y Aragón (Valladolid, Zaragoza, Barcelona, Logroño, Santo Domingo de la Calzada), a donde iba con su gentilhombre, Íñigo, que le acompañaba en sus viajes y guerras<sup>125</sup>. Consta que por un asunto propio estuvo Íñigo en Zaragoza y en Valladolid<sup>126</sup>. Ciertamente no vivía en un fanal, aislado del entorno ciudadano, y, cuando Fortún García de Ercilla, el colaborador más inmediato del Duque de Nájera, fue a apaciguar Guipúzcoa<sup>127</sup>, Íñigo colaboró, con su saber y prudencia, en la pacificación de su tierra<sup>128</sup>. También estuvo en Pamplona (donde recibió la herida en la pierna), ciudad bilingüe pero con tropas españolas. Su entorno profesional habitual era de castellanos al servicio de la Corona.

De las visitas circunstanciales a Loyola la más importante es la de su enfermedad, que, tras quince años de ausencia, duró de junio de 1521 a febrero de 1522, cuando deja el hogar familiar tras su conversión a Dios. Indudablemente estos nueve meses le pusieron en contacto frecuente con la lengua

<sup>122</sup> LETURIA 1941, p. 136, el cual, en nota remite a Codina y a Dudon.

<sup>123</sup> Sobre él, MARTÍNEZ DE TODA 2010, p. 56-58.

<sup>124</sup> *Ib.*, p. 55.

<sup>125</sup> *Ib.*, p. 56-84, y sintéticamente la cronología con los sitios de desplazamiento en p. 83-84. Otras relaciones extensas en GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 112-155: cap. IV, «Con el Duque de Nájera, Virrey de Navarra (1517-1521)»; LETURIA 1941, p. 93-134: cap. III, «Al servicio del “Rey Temporal” en Navarra».

<sup>126</sup> FERNÁNDEZ MARTÍN 1981, p. 206-211; MARTÍNEZ DE TODA 2010, p. 77-79; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 130.

<sup>127</sup> Sobre todo este asunto, FERNÁNDEZ MARTÍN 1981, p. 213-181; MARTÍNEZ DE TODA 2010, p. 132-133; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 143. LETURIA 1941, p. 106-108.

<sup>128</sup> Lo sabemos por POLANCO, *Summarium hispanum*, p. 156: «Y una vez se señaló notablemente en esto [en apaciguar discordias], siendo enviado por el visorey de Navarra, a procurar de apaciguar la provincia de Guipuzca [sic], que estaba muy disorde; y hubo tanto buen modo de proceder, que con mucha satisfacción de todas partes, los dejó concordés». El Duque de Nájera le escribió a Carlos V que también envió «personas de mi casa» para resolver el conflicto, lo que indica la estrecha relación entre el Duque e Íñigo («mi casa»). Una exposición ponderada de su intervención pacificadora, en FERNÁNDEZ MARTÍN 1981, p. 259-161. Véase también MARTÍNEZ DE TODA 2010, p. 133.

vasca, aunque en una cama de enfermo. Pero después vuelve a salir de su tierra. Va a Montserrat, Manresa, Tierra Santa, Barcelona, Alcalá de Henares, Salamanca, París (durante siete años, 1528-1535), Flandes y Londres. Son otros trece años de ausencia antes de su vuelta a Azpeitia en 1535. Otro período para olvidar la lengua, y más porque fueron años de estudio en otros idiomas nuevos: latín y francés.

Lopetegui cree firmemente que San Ignacio hablaba en vascuence a su vuelta a Azpeitia en 1535, pero reconoce que no «con un dominio absoluto de la lengua, cosa entonces más que problemática»<sup>129</sup>.

Pues ese año San Ignacio volvió a Azpeitia unos tres meses<sup>130</sup>. Venía de París por razones de salud (los médicos le aconsejaron los aires natales) y porque quería resarcir a sus paisanos de sus escándalos de juventud por medio de un apostolado intenso que los llevara a Dios y conformara las costumbres de la ciudad con la ley divina. Quiso entrar de incógnito y pernoctó en la Venta de Iturrioz<sup>131</sup>. La ventera no le conocía, pero esa noche habló con un azpeitiano, Juan de Eguíbar, que se acercó con ella a su habitación, y «por vn rresquiçio de la puerta bieron al dicho P. Ygnaçio, que estaba puesto de rrodillas rrezando; y como el dicho Joán de Eguíbar le reconozció, se bolbió para esta villa, e dió noticia dello a sus hermanos»<sup>132</sup>.

De acuerdo con el más puro apostolado en humildad y pobreza, Íñigo no vive con su familia en la Casa-torre, sino con los pobres en el Hospital de la Magdalena. Explica el catecismo todos los días a los niños, enseñándoles las oraciones y los mandamientos, predica tres días a la semana en el hospital, algunos domingos y festivos en la parroquia, por el concurso de gente tiene que hablar en el campo, vienen a oírle de los pueblos de alrededor. También

<sup>129</sup> LOPETEGUI 1961, p. 44. Y en p. 22: «hablaba con más o menos corrección y propiedad el mismo idioma» de las personas que oían su predicación en Azpeitia.

<sup>130</sup> Una relación detallada de la estancia de San Ignacio en Azpeitia en 1535, en el cap. III de PÉREZ-ARREGUI 1956, p. 107-176; también en GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 372-400, aunque ninguno de los dos trata aquí sobre la lengua de Ignacio en su vuelta a su tierra natal.

<sup>131</sup> En Internet se puede ver el Caserío Iturriotz (Aya, Guipúzcoa) como el equivalente a la Venta de Iturrioz. Es un caserío aislado en el campo, de finales del siglo XVI, de considerables proporciones, con un volumen compacto y cuatro alturas, cuya distribución interior corresponde a su dedicación ganadera y a su función de venta de camino. Si es de fines del siglo XVI, como se dice, el edificio actual tiene que ser distinto (o remodelado) del que conoció San Ignacio. Aunque también se puede leer en Internet: «Todavía se conserva en este caserío la habitación donde dice la tradición que durmió San Ignacio de Loyola, en su famoso viaje de París a Azpeitia, cuando llegó solo a lomos de una pequeña cabalgadura».

<sup>132</sup> Testimonio de la sobrina del santo, Potenciana de Loyola, en los procesos de canonización: *Mon. Ign. Scripta*, II, p. 189-194; en p. 190. Véase también este texto en GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 372-373, y en PÉREZ-ARREGUI 1956, p. 115.

predicó en la ermita de Elosiaga ante una gran muchedumbre de los contornos. Trata con la gente, convierte mujeres de vida desarreglada<sup>133</sup>, reconcilia a los desavenidos, arregla matrimonios, combate eficazmente el vicio del juego, aconseja a los eclesiásticos. De entonces son las *Ordenanzas para los pobres*, que ya conocemos y que se leyeron en castellano y vascuence, con las que se pretendía que no hubiera pobres mendicantes y que todos fueran socorridos. *Ordenanzas* que fueron impulsadas por San Ignacio y leídas en público por su sobrino don Andrés de Loyola.

La gran cuestión debatida es en qué lengua predicaba y hacía su apostolado. *No hay ningún dato documental sobre ello*, pues las fuentes no se interesan en especificarlo. De modo que los argumentos en uno u otro sentido se basan solo en deducciones. Veamos qué dicen sobre ello los autores que lo han tratado. Descarto argumentos que no tienen base<sup>134</sup>.

Ya vimos que el P. García-Villoslada señalaba que sus condiscipulos jesuitas al volver a su tierra después de cinco o siete años no se atrevían a predicar en vascuence. «Y solo después de estudiar la gramática —de niños no la habían aprendido— y de revolver el diccionario y leer libros piadosos y doctrinales se sentían dueños de una fraseología apropiada para lanzarse a hablar en público. Pues bien, téngase presente que el abandono del vascuence por parte de San Ignacio fué mucho más largo y que no podía disponer de ningún subsidio gramatical o lingüístico»<sup>135</sup>. El argumento parece fundado. Hacía trece años desde su segunda salida de Azpeitia, en los que había tenido que aprender el latín —que rebosa en su prosa— y algo de francés. Con lo que concluye: «Es preciso, pues, admitir que los sermones de tres horas que el santo predicaba a sus paisanos los pronunciaría en castellano»<sup>136</sup>. Pero años después matizó su opinión al respecto. Dice que algunos habían llegado a «la conclusión de que el Fundador de la Compañía había olvidado absolutamente la lengua que aprendiera en su niñez. Conclusión tan absoluta yo no la admito, pero tampoco la opinión de aquellos que firmemente sostienen que Ignacio podía fácilmente predicar entre los azpeitinos de 1535 después de tantos y tantos años de silencio eusquérico»<sup>137</sup>.

<sup>133</sup> De la conversión de tres de ellas nos cuenta Potenciana de Loyola (*Mon. Ign. Scripta*, II, p. 191; PÉREZ-ARREGUI 1956, p. 139-140).

<sup>134</sup> Por ejemplo, AGUIRRE 1935, p. 274, dice que en la Venta de Iturrioz le reconocieron «en el euskera que hablaba» (subrayado por el autor), remitiendo a una biografía. Sin embargo, acabamos de ver en la fuente documental que en la venta fue reconocido no de oído sino de vista por un paisano, que, mirando por un resquicio de la puerta lo vio de rodillas rezando.

<sup>135</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1958, p. 520.

<sup>136</sup> *Ibidem*.

<sup>137</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 511.

De otra manera pensaba el P. Arregui: «¿Y predicaba en euskera? Evidente que sí. [...] Porque San Ignacio, al predicar a sus paisanos, no pretendía lucir sus conocimientos de la lengua castellana, en la que penosamente se expresaba, sino instruir, enseñar y hacer fruto en sus oyentes, compuestos en su mayoría de sencillos habitantes de los caseríos de Azpeitia y pueblos comarcanos a quienes *era imposible enseñar a no ser en vascuence*»<sup>138</sup>. Aunque otros pensarían que, de expresarse «penosamente», sería en la lengua vasca y no en la castellana. Lo que tiene más fuerza de la frase de Arregui es su final, puesto por él en cursiva. Para sacar mucho fruto, el santo tenía que hablar en la lengua de la gente sencilla.

Ante la objeción de que San Francisco de Borja «predicaba aquí en castellano y hacía muchísimo fruto», responde con dos argumentos: 1) «Es verdad, pero adviértase que los historiadores hacen notar, que hacía fruto *a pesar* de que no le entendían» (cursiva del autor). Este argumento no vale, porque se podría aplicar igualmente a San Ignacio. 2) Dice que Borja «siempre» iba acompañado de algún intérprete y que aprendió el vascuence<sup>139</sup>. Pero hemos visto que solo se dice una vez que tuvo un traductor, el licenciado Hernani. Probablemente ocurrió más veces, pero desde luego no siempre, pues ya se lamentaban de que las mujeres no le entendían. Y la afirmación totalmente inverosímil y no documentada de que Borja aprendió el vascuence para predicar ya la hemos visto. Arregui, contradiciéndose, dice al final<sup>140</sup> algo que ya hemos visto, que en aquellos tiempos muchos sacerdotes predicaban en romance, porque habían hecho sus estudios eclesiásticos en otras lenguas y al volver a los pueblos encontraron la dificultad del idioma.

Schurhammer en 1960 piensa que San Ignacio en Azpeitia ejercía su apostolado en vasco porque no cree que los niños que catequizaba supieran el castellano. Además convirtió a tres mujeres, entre ellas una criada. Y en un sermón reprendió algunos vicios de las mujeres del lugar y estas lloraron con mucho sentimiento. Pregunta: «Estas mujeres ¿entendían el castellano?». Añade que es conocido el sermón de San Ignacio en la ermita de Elosiaga ante una gran multitud de campesinos, y que el P. Araoz cinco años más tarde predicó en vascuence en la misma ermita y se lo escribió al santo en 1540<sup>141</sup>. Este último argumento tiene alguna fuerza, pero no como los primeros, pues no se dice que el sermón de Íñigo en Elosiaga fuera igual que el de su sobrino y Borja predicaba en castellano con gran fruto. El mismo P. Leturia no da

<sup>138</sup> ARREGUI 1935, p. 275.

<sup>139</sup> Ibidem.

<sup>140</sup> Ib., p. 275-276.

<sup>141</sup> SCHURHAMMER 1964, p. 376.



por cierto sino por «muy probable que el Santo hablara en vascuence» en el sermón de Elosiaga<sup>142</sup>. Tampoco lo que aduce Schurhammer de Marina de Loyola, que hablaba «vizcuense», hecho que ya conocemos, afecta a la predicación del santo. Pero los primeros argumentos de Schurhammer sí parecen más probativos.

El P. Lopetegui, en 1961, tampoco duda de que San Ignacio predicaba en vascuence. Apela al estado lingüístico de Guipúzcoa en aquellos tiempos, a sus catecismos concurridísimos y a su predicación a los aldeanos en Elosiaga. También arguye con el argumento *e silentio*, por el hecho de que nadie dice que San Ignacio necesitara intérprete.

Dice el P. Lopetegui que Marina de Loyola, sobrina del santo, le cuidó en cierta enfermedad en el hospital de la Magdalena, según el proceso azepeitano de canonización<sup>143</sup>. Otra vez la Marina de Loyola que, «en su propia lengua que era vizcuense», convirtió a un condenado a muerte inglés. Hemos visto que es muy raro que no entendiera el castellano siendo administradora de los Borja-Loyola. Pero, en cualquier caso, aducir esta intervención sanitaria de Marina me parece superfluo, pues el santo estaba rodeado de vascohablantes por todas partes, empezando por los residentes del hospital. Ella era una más.

Ya conocemos la objeción de que los vascos con frecuencia olvidan su lengua cuando salen de su tierra, y cómo Lopetegui lo reconoce en sí mismo. Pero él y sus compañeros, afirma, no podían predicar en vascuence, pero sí podían explicar el catecismo a los niños sin preparación especial. Igualmente San Ignacio, dice: «No se trata en el caso de Iñigo, no ordenado aún de sacerdote, de sermones de relumbrón, o con un dominio absoluto de la lengua, cosa entonces más que problemática, sino de explicaciones de catecismo, y exhortaciones sencillas a la virtud, sin excluir naturalmente partes en castellano, para los que lo entendían»<sup>144</sup>. Piensa, pues, que San Ignacio hablaría en un vascuence elemental y castellanizado. Después dice algo que me parece convincente:

«Y si sabemos que predicaba en italiano pocos años más tarde en Roma y otras ciudades italianas en la misma forma senci-

<sup>142</sup> LETURIA 1941, p. 49.

<sup>143</sup> LOPETEGUI 1961, p. 12-13. No da la referencia de *Monumenta Historica S.I.*, y de suyo no se trata del proceso, sino de un relato de Marina de Loyola, en el que ella cuenta, entre otras cosas, que, cuando San Ignacio vino a su tierra en 1535, una vez le curó las espaldas, lastimadas, hinchadas y que parecían podridas por las disciplinas que se daba. Según el P. Lopetegui la sobrina tenía 14 años pero en una nota de *Monumenta (Mon. Ign. Scripta, II, 970)* se dice que ella tenía 20 años y estaba casada.

<sup>144</sup> LOPETEGUI 1961, p. 44.

lla, a pesar de los numerosos disparates lingüísticos con que sazónaba la regocijada atención de aquellos auditorios, como lo recuerda graciosamente el P. Ribadeneira, no tenemos que suponer que iba a pararse desconcertado entre sus paisanos, mucho más benévolos entonces en esto, por unas frases más o menos incorrectas o hispanizadas, pero que sabía eran entendidas y meditadas».<sup>145</sup>

Añade a continuación que los vascos que pierden su lengua nativa por prolongadas estancias en el extranjero, recobran el vascuence con facilidad al volver a su ambiente, como ha comprobado con sus compañeros jesuitas.

Ha llegado el momento de ofrecer mi opinión sobre esta debatida cuestión, después de examinar unos argumentos y otros. Una repetición del caso de San Francisco de Borja, haciendo un fruto enorme con sus predicaciones en castellano, sería en parte factible, pero San Ignacio hablaba a niños, a sirvientes, a gente sencilla, a labriegos, a mujeres (que, al contrario que los hombres, no solían conocer el castellano), arreglaba casos particulares. Difícilmente puedo imaginar que realizara todo esto plenamente si no era en vasco. Por otra parte, creo que, aunque, después de tan prolongadas ausencias de su tierra, seguramente olvidó buena parte de la lengua vasca, no la olvidaría del todo y en aquellos tres meses la iría recuperando. No tendría «un dominio absoluto de la lengua», como decía Lopetegui; y, como dice el mismo autor, su predicación estaría mezclada de castellanismos. Pero su lengua de base con el pueblo llano sería un vasco más o menos puro. Esta deducción no se apoya en ninguna documentación, como ha advertido alguno<sup>146</sup>, pero me parece razonable.

Por otra parte, no hay duda de que también usaba el castellano, la lengua que había sido la habitual en él en sus últimos treinta años. Las *Ordenanzas para los pobres*, inspiradas por él, se redactaron en castellano y las leyó su sobrino Andrés de Loyola. Podía hablar en la lengua de Castilla con su familia, los clérigos, los escribanos, las autoridades en general. A sus familiares les escribía en castellano. Y en 1540 escribió una carta a los azpeitianos llena de ternura, en la que recuerda su estancia con ellos cinco años atrás, anima a mantener las buenas prácticas que entonces se establecieron y recomienda mucho el culto a la Sagrada Eucaristía. Está en castellano<sup>147</sup>.

<sup>145</sup> Ib., p. 45.

<sup>146</sup> COLERA 1994, p. 489, es más restrictiva. Después de exponer los argumentos a favor del vascuence que se suelen dar, termina: «en cambio nada nos dicen [los testimonios] de la lengua que utilizó». Y, al comienzo de la exposición de los testimonios, empieza: «Los datos concluyentes y explícitos son escasos por no decir nulos. Citamos a continuación algunos de ellos» (p. 488).

<sup>147</sup> Se encuentra en *Mon. Ign. Epistolae*, I, p. 161-165; PÉREZ-ARREGUI 1956, p. 171-175.

En fin, a él no le importaba la lengua sino solo el bien de las almas por el medio que fuese. Era un hombre que respiraba a Dios en todo momento. Que en los años precedentes, en Castilla, Cataluña y París, había mostrado una capacidad extraordinaria para llevar a las almas a Dios. Que practicaba una ascética rigurosísima consigo mismo, al mismo tiempo que mantenía una extraordinaria unión con Dios en altísimos grados místicos. Cuando, camino de Azpeitia, llegó de incógnito a la Venta de Iturrioz, contaba impresionada la ventera, que no lo conocía de antes, «cómo estaba en ella vn hombre desta villa, qual jamás habían visto a otro»<sup>148</sup>.

*El vascuence de Ignacio en Roma hasta el fin de su vida*

De 1535 hasta su muerte San Ignacio vivió los últimos veintiún años de su vida en Italia y casi todos en Roma. Lo único que le interesaba era seguir el camino que el Señor le iba trazando. Poco a poco se desvincula de todo lo que había dejado atrás (personalmente, no apostólicamente). Está en un nuevo país, en una nueva lengua, que deja rastros en su escritura. Aunque no aprendió bien el italiano, las circunstancias le obligaban a hablarlo, pues trataba con cardenales, nobles, la gente en fin, y las prostitutas, para las que fundó una casa de recogida. Predicaba. También enseñaba el catecismo a los niños, de siempre uno de sus apostolados predilectos. Ignacio se encuentra inmerso en un mundo nuevo.

¿Se le fue olvidando el vascuence recobrado en aquellos tres meses? Es muy probable. Algunos lo niegan apoyándose en que en tres cartas Araoz le puso unas palabras en vasco. Veámoslas:

– El 9 de febrero de 1545 le escribe: «avnque las causas principales *eztitut scriviçen* por buenos rrespettos» [buenas razones]<sup>149</sup>. O sea, *no las escribo*<sup>150</sup>. Se trata de algo reservado

– El 11 de diciembre del mismo año: «Padre, asta estar la Compañía algo más conosçida y fundada en Castilla, paresçe muy conueniente mirar sobre resçiuir *gente verriac*, porque para muchos eso ya es veneno. [...] digo en lo de *verriac*»<sup>151</sup>. Se refiere a recibir en la Compañía a «cristianos *nuevos*»

<sup>148</sup> *Mon. Ign. Scripta*, II, p. 190; también en GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 373, y en PÉREZ-ARREGUI 1956, p. 115.

<sup>149</sup> *Ep. mixtae*, I, p. 197.

<sup>150</sup> Los editores de este texto en una nota traducen la frase por *nequeunt scribi*, «no se pueden escribir», pero significan *no las escribo*: AGUIRRE 1935, p. 273; LETURIA 1941, p. 48; COLERA 1994, p. 488.

<sup>151</sup> *Ep. mixtae*, I, p. 241. El editor de este texto lo interpreta en una nota, como «gente nueva, joven, moza». *Vasc. berri* es «nuevo». Pero en la nota al siguiente texto de Araoz, se

o judíos conversos, asunto entonces muy debatido en la sociedad española. Araoz era contrario, porque consideraba que perjudicaba a la Compañía públicamente. San Ignacio, sin embargo, pensaba lo contrario.

– En una carta de fecha indeterminada de 1546 escribe Araoz al fundador: «En el recibir *gente berria*, santa cosa es, sin duda, no aceptar personas»<sup>152</sup>.

La razón de poner estas palabras en vasco es por confidencialidad, al tratarse de temas delicados. Lo mismo, pero más extensamente, cartas enteras, hizo en 1566 el mallorquín Jerónimo Nadal con el P. General San Francisco de Borja, valenciano de Gandía: «la correspondencia de este período entre los dos se hizo en el corrompido catalán de la época». De suyo era Nadal el que le escribía en catalán desde la Dieta de Ausburgo, «por el secreto que requerían ciertas informaciones sobre los asuntos de la Iglesia y de la Compañía en aquella crítica circunstancia»<sup>153</sup>.

Es indudable que si Araoz escribe estas palabras a San Ignacio en vasco es porque sabía que las entendía. Pero estas cuatro palabras no nos indican el grado de conocimiento del vasco que le quedaba en Roma. El mismo P. Aguirre confiesa después de copiar estas palabras: «¿Prueban que sabía mucho vascuence? Difícil es deducir la respuesta»<sup>154</sup>, aunque líneas después da por supuesto que sí lo hablaba sin dificultad.

Para el P. García-Villoslada el vasco que conocía San Ignacio entonces era limitado a pesar de las cuatro palabras de Araoz: «¿Qué le quedaba de la vetusta y misteriosa lengua de Aitor, que aprendió a los pechos de su nodriza María de Garín en el caserío de Eguibar? Lo suficiente para entender las pocas palabras vascas que le insertó en dos cartas su pariente Antonio de Araoz»<sup>155</sup>. Y años antes había dicho: «Las pocas y sencillas palabras que el P. Araoz intercala en dos cartas al fundador de la Compañía han dado pie a Schurhammer para su afirmación; pero esos vocablos los entiende cualquiera que haya vivido algunos años en el país vasco y, por supuesto, cualquiera que haya hablado algún tiempo ese idioma, aunque ya lo tenga olvidado. Naturalmente, el olvido nunca es completo»<sup>156</sup>.

---

interpreta correctamente como judíos conversos, «qui christiani novi appellantur». Y así en todos los comentaristas.

<sup>152</sup> Ib., V, p. 644-645.

<sup>153</sup> NADAL CAÑELLAS 2007, p. 201, con la referencia de las cartas en la nota 531.

<sup>154</sup> AGUIRRE 1935, p. 273.

<sup>155</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 511.

<sup>156</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1958, p. 519.

Colera específica: «Hay que hacer notar que en cada una de estas frases hay una palabra de raíz latina: *scriviçen y gente*»<sup>157</sup>; o sea, dos de las cuatro palabras.

En el libro de los Ejercicios (n. 31), a propósito del examen particular, San Ignacio propone un esquema para apuntar cada día las veces que caemos en las faltas que deseamos corregir. Se trata de siete líneas paralelas precedidas de una *G* mayúscula en la primera línea y de seis *g* minúsculas a continuación. La primera, nos dice, significa el domingo, la segunda el lunes y así sucesivamente. ¿Qué quiere decir esa misteriosa *g*? Celestino Aguirresarobe dice que significa *gaur*, ‘hoy’ en vasco<sup>158</sup>. Pero parece inverosímil en un texto castellano y no he visto que nadie haya seguido esta opinión. Por la misma razón me parece improbable que se trate de una palabra italiana, *giorno* ‘día’, explicación que algunos repiten. Pero sabemos cómo lo interpretaba el P. Polanco, que conoció a San Ignacio, y es lo que nos interesa. Como se trata de examinar y eliminar pecados, sería el nombre de un pecado que se quiere quitar, y el santo habría puesto la *g* por *gula*, como en otros casos se pondría la *a* por *avaricia*, etc.<sup>159</sup>.

Llega el momento de sacar alguna conclusión. La primera es que no sabemos con certeza hasta que punto pudo olvidar el vasco en Roma, pues no lo dicen los documentos. Ni sí, ni no. Pero podemos hacer algunas consideraciones. Primero hay que decir que en su prosa abundan muchísimo los latinismos y no son extraños en Roma los italianismos, pero que no hay rastros de galicismos y ni una palabra vasca<sup>160</sup>. Se ve que el francés no se le pegó, a pesar de sus más de siete años en París. Pues el Colegio de Santa Bárbara de París estaba poblado de españoles y la vida académica de la Universidad se realizaba en latín. Ese latín fue lo que le transmitió París. Pero es ciertamente llamativo que «el Santo de Loyola nunca cita ni siquiera una palabra vasca escribiendo a sus familiares»<sup>161</sup>. ¿Qué cosa más natural que le saliera espontáneamente una frase en vasco, una expresión familiar, íntima, hogareña, en esta lengua? A él, que aderezaba sus escritos con centenares de palabras latinas, porque las tenía vivas. El vasco no se le olvidó del todo pero se le fue desvaneciendo, como se fue distanciando epistolarmente de su familia<sup>162</sup>.

<sup>157</sup> COLERA 1994, p. 488.

<sup>158</sup> AGUIRRESAROBÉ 1948, p. 120.

<sup>159</sup> *Mon. Ign. Exercitia* 1919, p. 258-259, nota 1.

<sup>160</sup> Como señala PAZOS ROMARIS 1997, p. 29: «Por otra parte, introduce San Ignacio en su obra préstamos provenientes del italiano (italianismos) como *voltándome, dubio, disturbo, locanda, dulcesa, pare*, mas no galicismos ni, lo que es más importante aún, ‘vasquismos’».

<sup>161</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1958, p. 519.

<sup>162</sup> Con los años la correspondencia con su familia va desapareciendo. Incluso tenemos la anécdota siguiente en la fecha temprana de 1541: «Estando un día de invierno cerrado en

Al principio de su estancia en Roma es posible lo que sospecha el P. Leturia, «que confesara y dirigiera en vascuence en 1541 a aquel hijo espiritual suyo *Mateo el Vizcaíno*, de quien dice Ribadeneira que sólo sabía “su lengua”, y un poco de castellano»<sup>163</sup>. Estaba en los primeros años de su vida en Roma. Pero me parece muy improbable lo que suponen los defensores del vascuence, y es que cuando San Ignacio por el mundo se encontraba con un paisano hablara con él en vasco<sup>164</sup>. Hablaría con él en castellano, que era su lengua normal y la que ambos conocían.

Por ejemplo, después de declarar que las cuatro palabras en vasco que Araoz escribió a San Ignacio no nos prueban si este sabía mucho vascuence, dice el P. Aguirre «que nos dan fundamento para presumir que San Ignacio en el trato con sus hijos euskeldunes haría muchas veces uso de esa su lengua nativa», indicando a continuación que «el confesor tal vez más querido y con quien mejor se entendía el Santo de Loyola, fué un P. Eguía, vasco, natural de Estella»<sup>165</sup>. Que el santo hablara en vasco con los vascos parece poco verosímil, como he dicho, y mucho menos que se confesara en vasco con el P. Diego de Eguía, aunque Aguirre solo lo insinúa. En Alcalá de Henares y en París el confesor de San Ignacio (y de sus compañeros) fue el portugués P. Manuel Miona<sup>166</sup>, y naturalmente se confesaba con él en castellano. Su último confesor fue el P. Pedro Riera, barcelonés, y está claro en qué lengua se confesaba con él.

Y es que en Roma Ignacio vivía rodeado de españoles (o de portugueses, que también hablaban español). Además de los jesuitas, Italia estaba poblada de españoles (Cervantes, Quevedo, los Argensola, Velázquez, José de Ribera *el Españolito*, etc., etc.), aparte del dominio político de España en el reino de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Ducado de Milán (con sus virreyes y sus soldados), y sus alianzas estables con Génova, Saboya, Módena, etc. El P. Fabro, cuya lengua materna era el francés de Saboya, escribió en parte sus

---

cámara, en oración, llamó el portero a su puerta una y dos veces, sin responder nuestro Padre. A la tercera abrió y dixo: –¿Qué queréys?– Y el portero: –Dar estas cartas que ha traído un hombre, y dize que son de la tierra de V. R.– Tomólas el Padre, y hechólas en el fuego: cerró la puerta, y bolvióse a su oración. Año de 1541» (RIBADENEIRA, *De actis*, p. 335; también recogido en RIBADENEIRA, *Vida*, lib. V, cap. I, p. 749). Igualmente San Luis Gonzaga, estando en la acción de gracias de la comunión, hizo esperar una hora o dos al señor marqués (su hermano). Los santos tienen una recta jerarquía, saben lo que es Dios y podemos suponer lo que era para ellos estar en coloquio con Su Divina Majestad.

<sup>163</sup> LETURIA 1941, p. 49.

<sup>164</sup> Entre otros, SCHURHAMMER 1964, p. 376.

<sup>165</sup> AGUIRRE 1935, p. 273.

<sup>166</sup> Por cierto, parece un dato poco conocido que había sido cartujo, según NADAL CAÑELLAS 2007, p. 33. El cual me lo confirmó por carta: «En cuanto al P. Miona sí era cartujo. He encontrado este dato en algunos textos».

memorias espirituales (*Memorial*) en castellano<sup>167</sup>, y de 98 cartas suyas que se conservan 75 están en español<sup>168</sup>. ¿Hablaba Ignacio a Frusio (de Freux) en francés? Seguramente no, sino en todo caso en italiano, pues este vivía en Italia antes de entrar en la Compañía, donde ya se quedaría toda su vida, pero mejor en castellano, pues tradujo los Ejercicios del español al latín y fue secretario de San Ignacio, y este no iba a tener un secretario con el que no se entendiera a la primera.

### *¿Influjo vasco en el castellano de San Ignacio?*

Es sabido que en el Siglo de Oro hablar vizcaíno era hablar un galimatías que movía a risa, y de ahí la expresión *concordancias vizcaínas*. Está recogido en el diccionario académico y hay bibliografía sobre ello<sup>169</sup>, pero no tiene nada que ver con el lenguaje del santo y no vale la pena detenerse en este punto<sup>170</sup>.

Respecto al posible influjo vasco en la lengua española de San Ignacio, la historia, en síntesis, es la siguiente. En 1936 el P. Plácido Mújica (llamémosle así, aunque pronto cambió por Mújica, que es como se le conoce) publicó un artículo en el que defendía que en el español de San Ignacio se descubre un trasfondo vasco en la sintaxis. Como si el castellano lo hubiera metido en el esquema del vascuence. Se fundaba solo en el *Diario* del santo, lo que todos han visto como insuficiente, por tratarse solamente de unos apuntes esquemáticos. Este artículo fue aceptado en su momento y era citado, por ejemplo por Leturia y Larrañaga.

<sup>167</sup> Véase CERTEAU 1960. La primera parte del *Memorial* está escrita en castellano con ciertos pasajes en latín, y el resto en latín con algunas palabras y frases en español. Las traducciones del *Memorial* al francés por Michel de Certeau (col. Christus, n. 4, Desclée de Brouwer 1960), al alemán por Peter Henrici (Trier 1963) y al inglés por E. C. Murphy (Saint Louis 1996) dan prioridad al texto en español en la primera parte, aunque los editores de *Fabri Monumenta*: col. MHSI, [48] (Matriti 1914) hubieran relegado el manuscrito hispánico al final de su edición (p. 856-886).

<sup>168</sup> CERTEAU, 1960, p. 99. Son 75 cartas en español, 20 en latín, 2 e italiano y una en francés.

<sup>169</sup> Solo remito a una muestra (un texto disparatado en una comedia de Tirso) dentro de la bibliografía de este artículo: ECHENIQUE 1994, p. 36 (ed. de 1997, p. 105-106). La explicación la da Huarte de San Juan en un texto citado más abajo: «Si a Castilla viene à vivir un vizcaíno de treinta o cuarenta años, jamás aprende el romance». Pero añade que un joven lo aprende perfectamente.

<sup>170</sup> Según LOPETEGUI 1961, p. 11, nota 9, un tal Francisco Alonso de Oñaz y Loyola, supuesto hermano de San Ignacio, que se estableció en Los Yébenes (Toledo), «hablaba como vizcaíno». Puede tener el sentido antedicho o ser un dato irrelevante, como decir que se habla el castellano con acento andaluz. El dato lo toma Lopetegui de JUAN DE OLÓZAGA H., *Un hermano de San Ignacio desconocido hasta ahora*: Razón y Fe, 153 (1956) 275-284, en particular p. 279. Pero es que los especialistas creen que la noticia no es de fiar, que huele a leyenda y que, por tanto, San Ignacio no tuvo un hermano llamado Francisco Alonso. Véase *Fontes doc.*, p. 779-781; GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 56.

Pero en 1956 el P. Sabino Sola publicó otro artículo, en el que fue mostrando que todos los giros supuestamente vascos de San Ignacio se daban en el castellano de su tiempo. Su artículo, frente a Mújica, sin nombrarle, se puede resumir en esta frase: «si tal o cual rasgo del estilo de San Ignacio, puede o no ser vasco, no lo discutimos. Pero ciertamente es castellano»<sup>171</sup>. ¿Cómo explicar entonces que algunos giros de San Ignacio nos resulten raros? Según Sola por el español *preclásico* del santo. Se funda en la periodización del español que hace Rafael Lapesa, el cual llama español preclásico el de Nebrija y la Celestina entre 1474 y 1525. San Ignacio en 1525 tenía 34 años, y por lo tanto el castellano que aprendió fue el de ese período. La demostración de Sola y la denominación de español *preclásico* tuvieron un efecto inmediato y aparece en los autores que se dedicaron al santo.

En 1993 el académico don Manuel Alvar hizo una precisión que sería aceptada, aunque no afecta al fondo del problema. Dice y repite que el español de San Ignacio es el normal de su época, pero que no es un español preclásico sino el español clásico sin más, aunque según la norma de Castilla la Vieja. En aquella época había dos normas en el castellano, la toledana y la norteña, que era arcaizante. La toledana, por ejemplo la de Garcilaso, se consideraba más refinada, pero la norteña fue la que se impuso al fin porque la nueva capital de Madrid se pobló con gente de Castilla, Santander y Vizcaya. Lo que para Sola era cronológico para Alvar es geográfico: *tuvo arcaísmos, sí, pero no debidos a la cronología, sino a la geografía*<sup>172</sup>. Como vemos, precisa la periodización del P. Sola, pero no cambia el fondo del asunto: «San Ignacio usa de arcaísmos, pero no son de una cronología periclitada, sino viva en los años que le toca vivir», «hoy podemos pensar que esto fuera arcaico, pero en sus días no», «perteneía a una tradición regional perfectamente elaborada»<sup>173</sup>, la de Castilla la Vieja. Todo esto lo afirma apoyado en análisis lingüísticos.

En fin, concluye, era un castellano «*excelente*, con sus peculiaridades y con unos rasgos que lo hacían propio de él y de cuantos con él hablaban»<sup>174</sup>. «He trabajado con los textos del Santo y nada me hace creer que su lengua no fuera el castellano de su tiempo: practicado en un hogar noble (¿en qué lengua escribió a sus paisanos de Azpeitia?), ejercitado nueve años en Arévalo y enriquecido durante otros cuatro en la corte del duque de Nájera, ¿cómo

<sup>171</sup> SOLA 1956, p. 250.

<sup>172</sup> Véase ALVAR 1993, p. 34-37 (ed. 1997, p. 153-156).

<sup>173</sup> ALVAR 1993, p. 43, 47 (ed. 1997, p. 162, 166, 167).

<sup>174</sup> ALVAR 1993, p. 45 (ed. 1997, p. 165). La cursiva está añadida. La misma frase está en su artículo en el ABC de 1991.



vamos a creer que su lengua no fuera *de absoluta corrección* y con el cuño arcaizante de la Vieja Castilla? A estas conclusiones he llegado»<sup>175</sup>.

Veamos un uso arcaizante de Castilla la Vieja. Aunque es esporádica, llama la atención en San Ignacio la construcción del posesivo con artículo: «la su ánima devota» (EE, n. 15), «la su divina majestad» (EE, n. 16, 106, 168, 234, 330, 369, 370, aunque no siempre), «la su divina bondad» (EE, n. 151, 175). Pero es que esa construcción era propia del norte y occidente de Castilla<sup>176</sup>, la parte cercana a su tierra, y le quedó al santo como una reminiscencia.

El P. Fernando Mateos reproduce textos de Nebrija (1492), la Celestina (1499), el testamento de Isabel la Católica (1504) y el Amadís de Gaula (1508), que pertenecen a la niñez y juventud de Íñigo, y en los que encontramos giros que nos parecerían anómalos, pero que concuerdan con los escritos ignacianos<sup>177</sup>. Otros autores han analizado con detalle la lengua de San Ignacio llegando a las mismas conclusiones que Sola y Alvar. Como Codina, Calveras, Hernández Alonso y Pazos Romaris. Pero no es cuestión de repetir sus páginas de análisis e historia de la lengua. Me limito a algunas frases conclusivas.

El P. Codina, anónimamente en la edición crítica de los Ejercicios de San Ignacio en *Monumenta*, trae al final un *Glossarium* de las palabras de los Ejercicios que pueden tener hoy alguna dificultad de comprensión<sup>178</sup>. Pero en nota ilustra esos términos con usos de la época. Pues bien, resulta que muchas de esas palabras «ignacianas» eran corrientes entonces y las había leído el santo en las dos obras que leyó en su conversión, la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia y el *Flos sanctorum* (*alimpiar*, *encarcerada*, *subyecto*); fuera de otras que eran igualmente corrientes entonces, como *desmamparar* [EE, n. 297] por *desamparar*, *espelunca* por *cueva*, etc. En cuanto a la sintaxis, algunos usos de la preposición *en*, que hoy creemos erróneos (*confundido en* [por] *haberle mucho ofendido*), nos dice el P. Codina que eran muy frecuentes en su siglo.

Según Hernández Alonso, catedrático de lengua española en la Universidad de Valladolid, la fonética y la morfología de San Ignacio «casi sin excepción, se acomodan al sistema de la lengua hablada en la primera mitad del siglo XVI»<sup>179</sup>. En cuanto a la sintaxis y el léxico, «todos los rasgos de la lengua escrita de Íñigo de Loyola se explican perfectamente conociendo el castellano de

<sup>175</sup> ALVAR 1991. La cursiva está añadida.

<sup>176</sup> FERNÁNDEZ-ORDOÑEZ 2011, p. 88-89.

<sup>177</sup> MATEOS 2004, p. 226-228.

<sup>178</sup> CODINA 1919, p. 187-199.

<sup>179</sup> HERNÁNDEZ ALONSO 1991, p. 329.

su época», por lo que «en ningún caso hay que acudir a presuntos vasquismos para explicar ningún fenómeno»<sup>180</sup>. Respecto al vascuence, Pazos Romaris es el que analiza con más detalle su posible influjo en el castellano de Ignacio de Loyola, para empezar afirmando: «cada vez se nos va cuarteando con mayor intensidad el vasquismo lingüístico de San Ignacio»<sup>181</sup>. A continuación afirma: «Es característico del Santo el abundante empleo de formas no personales. Algún autor, como Plácido Mújica, ha querido ver en esto –me refiero al excesivo uso de gerundios e infinitivos sustantivados en el *Diario*– influencia de la lengua vasca», para desestimarla por el mucho uso de estos modos verbales en el castellano de los siglos XV y XVI<sup>182</sup>. Después analiza con detalle el argumento de un posible influjo del vascuence en las oraciones condicionales, potenciales e irreales (tan típicas de los vascos) en el santo de Loyola, para concluir: «se puede negar la presencia de esquemas condicionales atribuibles al influjo del euskera en San Ignacio»<sup>183</sup>.

En resumen, lo que nos ocurre es que no estamos habituados al lenguaje de la época. A nosotros nos parece que San Ignacio hablaba mal. Hablaba como se hablaba hace 500 años.

Al final he de añadir una precisión. Todos estos especialistas se refieren a la lengua, no al estilo. Su lengua era absolutamente correcta, incluso «excelente», dice Alvar<sup>184</sup>, es decir no presenta rasgos que se aparten de su época. Pero eso ni afirma ni niega que San Ignacio fuera un buen escritor. Aunque no lo trato aquí, porque el estilo de San Ignacio ya ha sido objeto de otro estudio<sup>185</sup>.

*Una objeción.* El toledano Ribadeneira (recordemos lo de la norma de Castilla la Vieja y la de Toledo) dice que, como cántabro (es decir, vasco), Ignacio, por falta de vocabulario, usaba palabras impropias o inusuales, inventándose las a partir del latín, y pone como ejemplo el *illucidado* de los Ejercicios (n. 2)<sup>186</sup>. Pero el ejemplo que pone es un latinismo y no una palabra castellana incorrecta o un error de sintaxis, que sería lo pertinente en un vasco que hablara mal el español. Además de los argumentos que aduce Sola contra el ra-

<sup>180</sup> Ib., p. 344. Sobre los pretendidos vasquismos sintácticos, véase también la p. 342.

<sup>181</sup> PAZOS ROMARIS 179, p. 30.

<sup>182</sup> Ibidem.

<sup>183</sup> Ib., p. 31-33.

<sup>184</sup> ALVAR 1993, p. 45 (ed. 1997, p. 165).

<sup>185</sup> VERD 2010.

<sup>186</sup> «Habet enim hoc [el Autógrafo de los Ejercicios] vocabula quaedam vel impropria vel inusitata in lingua hispanica, et quasi inventa a cantabro vel ab eo, qui ob verborum vel proprietatis illorum penuriam, mentis conceptibus voces ex lingua latina hispanice desinentes accommodabat; quale es illud in secunda annotatione *illucidado*». El texto con su fuente, en CODINA 1919, p. 179-180; y, con una crítica, en SOLA 1956, p. 248, nota 23.

zonamiento de Ribadeneira<sup>187</sup>, veamos otros. Es inverosímil que San Ignacio, que aprendió el latín con 34 años, supiera más latín que castellano, y que para suplir una palabra que no sabía del castellano, la tomara del latín. Por otra parte, el santo usa tanto las palabras latinas como las castellanas, tanto *lacrimar* (frecuente en el *Diario*, pero nunca en los *Ejercicios*), como *llorar* (EE, n. 87, 195, *Diario*, n. 107). Suele decir *sólita oración preparatoria*, que parece un latinismo (aunque *sólito* está en el diccionario académico), pero también, *oración acostumbrada* (*Diario*, n. 14 y 26). Y junta latinismos con castellanismos. Los casos son conocidos, pues san Ignacio era muy amigo de las binas<sup>188</sup>, y se pueden multiplicar<sup>189</sup>. Un solo ejemplo del *Diario Espiritual*, entre muchos: *coniectaba y pensaba* (n. 119), con una palabra latina y otra castellana. En consecuencia no echaba mano de los latinismos para suplir palabra castellanas que no conociera. Conocía las dos. Es que le encantaban los latinismos, que todos los autores notan como uno de los rasgos más característicos de su prosa. En lo cual estaba en línea con la tendencia cultista de su época, que saqueaba el latín para enriquecer el vocabulario español con palabras que entonces parecían extravagantes y hoy muy corrientes, como *joven* (por *mozo*), *presentir*, *candor*, *construir*, *métrica*, *armonía*, y tantas otras que ridiculizaba Quevedo. Que, entre los muchos latinismos de San Ignacio, no cuajara *ilucidado* no tiene importancia, pues no todos los cultismos de la época arraigaron.

*El estudio del P. Mújica*. Después de este recorrido historiográfico volvamos al P. Mújica. En primer lugar hay que decir que su tono es muy moderado, lo que es importante, pues tras su artículo se le citaba sin ninguna matización. «Sería un grave error el creer que todas esas incorrecciones son expresiones y giros propios de la lengua vernácula de S. Ignacio», dice<sup>190</sup>. «De ahí la no pequeña dificultad que supone para nosotros el concretar y determinar al detalle cuáles son las expresiones que deben su origen precisa y exclusivamente al influjo de la lengua vasca»<sup>191</sup>. Para acabar diciendo: «No todas mis observaciones, sin embargo, tienen la misma fuerza probativa»<sup>192</sup>. Pero es que no son *incorrecciones* en el castellano de su tiempo, como han explicado detalladamente los especialistas.

En primer lugar hay que decir que se suele considerar un error metodológico el hecho de que este estudio está basado solamente en el *Diario espiritual*.

<sup>187</sup> SOLA, ib.

<sup>188</sup> MANCHO DUQUE 2007, II, p. 1118, considera el estilo binario como «el rasgo más acusado de la lengua y estilo ignacianos».

<sup>189</sup> Véase VERD 2010, p. 167, con la bibliografía aducida en la nota 74.

<sup>190</sup> MÚJICA 1936, p. 53.

<sup>191</sup> Ib., p. 54.

<sup>192</sup> Ib., p. 60. Cursiva del original.

El verdadero hablante está, por ejemplo, en las cartas. El *Diario* ignaciano no es un diario pensado para su publicación o transmisión, sino unas notas privadas para uso personal, que le sirvan de recordatorio. Es el «estilo de notas» al que alude repetidamente el P. Sola. Júzguese a un escritor por sus obras, no por sus apuntes. Cuando uno escribe para sí no tiene ningún cuidado por el estilo. Por ejemplo, el P. Mújica insiste en las frases elípticas del *Diario*, que serían propias del vasco, pero en cualquier idioma tendemos a ahorrar palabras en un escrito personal porque no las necesitamos para entendernos. Escribimos, por ejemplo, «avisar Pedro», «mesa cocina», etc. Es más, se trata de una tendencia psicológica del lenguaje<sup>193</sup>. Una de las elipsis que señala Mújica es la frase *a no nada*, en lugar a *a no tener nada*, respecto a tener rentas para las iglesias, donde se produciría, nos dice, la típica elipsis de verbo vasca. Primero hay que decir que *nonada* en castellano antiguo significaba *nada*. Podría ser una explicación. Pero San Ignacio escribe siete veces *no tener nada*<sup>194</sup>, luego unas veces hace elipsis y otras no. Y esta elipsis está en la frase central del *Diario*, la voluntad de Dios sobre el tener o no tener rentas, que, como frase central, podía abreviarla como un eslogan, porque para él estaba más que clara. Con todo, veamos la primera vez que aparece esta frase, en el n. 1 del *Diario*: «y más *a no nada entonces y todo el día*». La elipsis no es solo la señalada sino estas: «y [tuve] más [inclinación] *a no [tener] nada entonces y [durante] todo el día*». Cuatro elipsis, de las cuales dos no son de verbo. A ver si la frase de San Ignacio no es del «estilo de notas».

Otro de los defectos principales que le achaca Mújica es la omisión de artículos, la cual es propia de los vascos que no dominan el castellano. Pero lo del artículo va contra la gramática histórica del español. El artículo castellano procede del pronombre latino *ille* y su introducción en la lengua fue lenta y gradual, de modo que no se ha completado hasta nuestros días<sup>195</sup>. (Se omiten dos artículos en el título de este mismo estudio: *Vascuence y castellano en San Ignacio*, lo cual es correcto, porque el español lo permite en las series, pero no sería correcto decir solo *\*Vascuence en San Ignacio*). Dice Mújica que en el *Diario* se dice unas veces *en la capilla* pero mucho más *en capilla*. Ahora bien, el artículo tiende a omitirse en español con ciertas preposiciones, y especialmente con la preposición *en*, como en *caer en* [los] *brazos de*, *estoy en clase* (pero no *\*en escuela*), *estoy en casa* (pero no *\*en despacho*), *está en Misa*. Hoy mismo, corrigiendo textos ajenos, con frecuencia tengo que suplir artículos determi-

<sup>193</sup> Es la conocida tendencia a la economía del lenguaje, que también se da en la lengua oral, con su tendencia a acortar las frases. Así como su contrario, la redundancia («subir arriba»), las repeticiones. La psicología del lenguaje se mueve entre estos dos polos, el de no malgastar tiempo y palabras, y el de estar bien seguros de ser entendidos.

<sup>194</sup> Una vez en el n. 10 del *Diario*, tres veces en el n. 11, dos en el n. 12 y una en el n. 16.

<sup>195</sup> Por ejemplo, se dice oficialmente «la unción de enfermos» en lugar de «la unción de los enfermos».

nados e indeterminados. Pero es que la omisión del artículo era muy frecuente en el castellano antiguo y se puede ver en las sintaxis históricas, como en la de Keniston sobre la prosa castellana del siglo XVI, el siglo de San Ignacio<sup>196</sup>. Son docenas las frases que aduce sin artículo: *en manos de fortuna, subirá a gloria, queda en purgatorio, jugando a cartas, la mayor parte de Christianos, las leyes que naturaleza acata, ivan a Palacio*. Son solo unas muestras, sin tener en cuenta algunas omisiones que siguen siendo actuales, como *piden confesión, si no saben latín*, etc. En Cervantes<sup>197</sup> también faltan artículos: *apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, [el] maestresala y el secretario* (Quijote, II, 49).

También señala Mújica el gran número de infinitivos sustantivados en el *Diario*, como *sentí en mí un ir o llevarme delante del Padre* (n. 8), pero la sustantivación del infinitivo es normal en español y –lo que es más importante– no dice Mújica que sea un rasgo vasco. Luego el argumento sobra. También el uso que aduce del infinitivo como imperativo es corriente: *¡Callarse!*

La abundancia de gerundios en San Ignacio le llama mucho la atención al P. Mújica. Indica que «en vascuences se usan más gerundios que en castellano», y que aún así, «el uso que S. Ignacio hace de los gerundios resulta excesivo aun en euskera»<sup>198</sup>. Pero, como no señala paralelismos sintácticos o dependencias entre el gerundio vasco y el ignaciano, la abundancia podría ser solo una cuestión de gusto o de estilo. Los que se han interesado por el lenguaje de San Ignacio también han estudiado su superabundancia de gerundios y sus anomalías respecto al uso moderno. Ahora bien, esos mismos autores indican que tales usos del gerundio se daban en la lengua de la época. Por ejemplo, el P. Calveras hace una relación de los usos anómalos del gerundio en la *Vita Christi Cartujano* y en el *Flos sanctorum*, los dos libros que convirtieron al santo en su convalecencia de Loyola y que le influyeron profundamente<sup>199</sup>. Calveras pone ejemplos de frases con el gerundio por el infinitivo, por el imperativo, por el pretérito, y de otros usos distintos que el actual en ambas obras<sup>200</sup>. Lo mismo hace el P. Sola,

<sup>196</sup> KENISTON 1937, p. 218-241.

<sup>197</sup> WEIGERT 1907, p. 76-81.

<sup>198</sup> MÚJICA 1936, p. 56, 57.

<sup>199</sup> La *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia influyó mucho en los Ejercicios Espirituales, empezando por algo tan trivial, pero tan representativo, como lo del *campo damasceno* (EE, n. 51). Véase ROGELIO GARCÍA MATEO, S.J., *El misterio de la vida de Cristo en los Ejercicios ignacianos y en el Vita Christi Cartujano. Antología de textos*: col. Biblioteca de Autores Cristianos, 626 (Madrid, 2002); con esa frase en p. 14. El mismo influjo se puede detectar en el *Flos sanctorum*, como en la denominación del diablo como *enemigo de natura humana* (tan cara a San Ignacio: EE., n. 7, 10, 135, 325, 326, 327, 334) y que tomó de la obra anterior (LETURIA 1957, I, p. 105). Estas frases estarían en el cuaderno en el que el santo extractó sus lecturas (*Autobiografía*, n. 11).

<sup>200</sup> CALVERAS 1958, p. 26-27.

añadiendo que en el resto de los escritos del santo, aunque los gerundios son frecuentes, no lo son mucho más que en algunos coetáneos suyos o autores anteriores<sup>201</sup>. García-Villoslada aduce un texto del *Amadís* con una mezcla de gerundios e infinitivos que es caótico para hoy<sup>202</sup>, y sin embargo es un clásico del Renacimiento, el libro de caballerías más famoso del mundo, el libro más leído en la primera mitad del siglo XVI..., y la gente lo entendía. El catedrático Hernández Alonso se detiene en estos mismos fenómenos de la prosa del santo, para concluir: «Podemos reiterar que los usos de infinitivo, gerundio y participio en la prosa ignaciana se ajustan a los vigentes en la época»<sup>203</sup>.

Dejo otros argumentos secundarios del P. Mújica en su suposición de que San Ignacio contaminó su castellano con el vascuence. Pero se da otra posibilidad —en su hipótesis—, y es que el contaminado fuera el castellano de Azpeitia, que San Ignacio hablara el castellano según el modo azpeitiano. O bien, recordemos la hipótesis de Echenique Elizondo, que he presentado al principio, y que está en estado de verificación, de que en las Vascongadas nunca se olvidó el latín y que de ese latín salió un romance autóctono, que habría perdurado en las clases superiores. Ese romance autóctono tendría naturalmente sus propias características.

En todo caso, la correspondencia de San Ignacio y los estudios de Alvar y otros especialistas nos dicen que el castellano de San Ignacio era el normal de su tiempo, lo que deja de lado esas hipótesis. Además, si San Ignacio se trajo de Azpeitia un castellano peculiar de su tierra, a los catorce años entró en el corazón de Castilla, y a esa edad se asimilan perfectamente los matices del lenguaje del nuevo ambiente. Es un hecho general pero oigámoslo al navarro Juan Huarte de San Juan (1529-1588), contemporáneo de San Ignacio: «Si à Castilla viene à biuir vn Vizcayno [vasco] de treynta ò quarenta años, jamás aprende el romance, y si es muchacho, en dos ò tres años parece nacido en Toledo»<sup>204</sup>. Huarte supone que el muchacho llega sin ningún conocimiento del castellano, que no era el caso de San Ignacio.

<sup>201</sup> SOLA 1956, p. 252-254.

<sup>202</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 510, nota 59: «Mas *recibiendo* dél todo e mucho más de lo que dicho habéis, e yo no solamente *no lo conocer ni pagar*, mas *ofenderle cada día* en muchas cosas, téngome por muy pecador» (BAE 40, 329).

<sup>203</sup> HERNÁNDEZ ALONSO 1991, p. 341.

<sup>204</sup> HUARTE DE SAN JUAN 1594, fol. 153v-154r (cap. X). Puede resultar difícil localizar esta frase porque el número del capítulo en que se encuentra (*Donde se da a cada diferencia de ingenio la ciencia que le corresponde en particular, y se le quita la que le es repugnante y contraria*) varía con las ediciones. En la edición príncipe de 1575 es el capítulo VIII, en la edición subpríncipe de 1594, añadida por el mismo autor (según la portada), es el capítulo X. En las ediciones modernas depende de la edición que se siga. Incluso lo he visto como capítulo XI.

Y así hasta su muerte. «Todo el resto de su vida se desenvolvió en tierras lejanas [de Azpeitia], no hablando normalmente otro idioma que el español, porque castellanos eran los hombres de confianza entre los cuales vivió y murió, siempre rodeado de burgaleses, sorianos, toledanos, palentinos, es decir, los mejores hablistas del romance castellano»<sup>205</sup>.

Además esas hipótesis no se ven apoyadas por las *Ordenanzas para los pobres*, escritas en Azpeitia bajo la inspiración de Ignacio con la colaboración del presbítero, su sobrino, Andrés de Loyola, y que se expresan en un castellano completamente normal. Según María Teresa Echenique «los vascos, hasta el siglo XV, hablaban el castellano modélico, la koiné castellana que pasará a estar en la base de la lengua normalizada, la prestigiosa, en definitiva. E Ignacio de Loyola estaría entre quienes querían seguir siendo portadores de la norma prestigiosa»<sup>206</sup>.

### *La lengua propia de San Ignacio*

Con esto se da por terminado este estudio sobre la parte que tuvieron el vascuence y el castellano en el santo, pues la exposición de San Ignacio como hablante y escritor en la lengua española se ha tratado en otro artículo, ya mencionado<sup>207</sup>. En síntesis, hemos visto que se da por hecho que San Ignacio aprendió el vasco en su infancia. Que en su familia la lengua de Castilla era un componente corriente, como correspondía a la nobleza en sus relaciones intensas con el resto del Reino. Que Íñigo ya lo hablaba en su niñez en Azpeitia. Que el vascuence de San Ignacio es un hecho deducido sólidamente, pero no un dato documental. Que su lengua castellana era la normal de su tiempo a nivel gramatical. Que desde los catorce años hasta los sesenta y cinco de su muerte vivió rodeado de hispanohablantes. Que su legado entero está en español, que era o se convirtió en su lengua propia.

Pues una cosa es la lengua materna y otra la lengua propia, como en el español Santayana, que adoptó el inglés<sup>208</sup>. O, al contrario, en Juan Huarte de San Juan, que era de la Baja Navarra, por lo que su lengua materna sería el vascuence, y que, sin embargo, dice que su lengua es «mi español»: «Y así ninguno de los graues autores, fue à buscar lengua estrangera, para dar

<sup>205</sup> GARCÍA-VILLOSLADA 1986, p. 511.

<sup>206</sup> ECHENIQUE 1994, p. 37 (ed. de 1997, p. 107).

<sup>207</sup> VERD 2010.

<sup>208</sup> Se trata del filósofo hispano-norteamericano George Santayana (1863-1952). Nació en Madrid, criado en Ávila y emigrado a Boston con su madre y sus hermanos con ocho años, se americanizó, pasando de Jorge Ruiz de Santayana a George Santayana. En su casa de Boston solo se hablaba el español y nunca lo olvidó, y vino frecuentemente a España (donde pensó instalarse), para visitar a su familia, hasta que murió su última hermana que vivía en

a entender sus conceptos [...] y assi hago yo en mi español: por saber mejor esta lengua, que otra ninguna»<sup>209</sup>.

Por otra parte, a veces la lengua vernácula suele aflorar en la intimidad, por ejemplo al rezar o al hablar con Dios<sup>210</sup>, pero San Ignacio hablaba con Dios en castellano, según mostró dos veces, en el proceso de canonización, el catalán Juan Pascual<sup>211</sup>. Y la última noche de su vida se la pasó diciendo en castellano: *¡Ay, Dios!*<sup>212</sup>

### Referencias bibliográficas

AGUIRRE 1935 = JORGE DE AGUIRRE, S.J. *San Ignacio de Loyola y el idioma vasco. Relación justificada de las ocasiones en que el Santo utilizó públicamente su lengua nativa*: *Yakintza*, n. 16 (julio-agosto de 1935) 270-277. Parece que publicado también en *La Gran Enciclopedia Vasca*, t. 1 (Bilbao 1966), p. 179-183. Además está colgado en Internet.

AGUIRRESAROBE 1948 = C. A. [CELESTINO AGUIRRESAROBE], *San Ignacio y el vascuence*: *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, 4 (1948) 119-120.

---

España, en 1930. Después de cuarenta años en Estados Unidos (1872-1912) pasó sus últimos cuarenta años en Europa (1912-1952), donde vivió en distintos países hasta instalarse en Roma, donde murió. Mantuvo la ciudadanía española hasta el fin de su vida y fue enterrado en el Panteón de los españoles de la Obra Pía Española en el cementerio de Campo Verano. Su lápida dice «Jorge Ruiz de Santayana». Pero, a pesar de todo ello, la veintena de libros que publicó en esos sus últimos cuarenta años europeos los escribió siempre, como antes, en inglés. Es indudable que la lengua *propia* de *George Santayana* era el inglés. El caso de Ignacio de Loyola es muy distinto del de Santayana respecto al uso y el conocimiento de la lengua de su tierra natal. Era mucho más restringido, pero eso mismo nos ilustra mejor sobre cuál fue su lengua propia.

<sup>209</sup> HUARTE DE SAN JUAN 1594, fol. 154v (como he explicado, está en el capítulo décimo de esta edición subpríncipe y en el octavo de la príncipe de 1575).

<sup>210</sup> Un mallorquín, que pasó casi toda vida fuera de su isla desde los catorce años (como San Ignacio), me decía que hablaba con mucha más soltura el castellano que el mallorquín, pero que, cuando rezaba o se dirigía a Dios, lo hacía espontáneamente en su lengua materna.

<sup>211</sup> Inés Pascual, viuda y gran benefactora de San Ignacio en Barcelona, alojaba al santo en su casa, el cual dormía en la habitación de su hijo Juan Pascual, que entonces era joven y soltero. Pues bien, en una larga declaración de dieciséis páginas en catalán dice este lo siguiente sobre lo que ocurría de noche: «j prou nits lo aguaytava j veyva la cambra plena de resplandor y ell en lo ayre agenollat, plorant j suspirant j dient: *Dios mio, j quan jnfinítamente sois bueno, pues lo sojs para sufrir a quien es tan malo y peruerso como jo*» (*Mon. Ign. Scripta*, II, p. 90). En otra declaración dijo que Íñigo se ponía en oración en la habitación tanto de noche como de día, se quedaba en éxtasis «y que quant tornava se posave a besar la terra, dient: —O, Señor, si los hombres hos conociesen, no os offenderían, sino que os amarían» (*Mon. Ign. Exercitia* 1969, p. 23). Como vemos, pone las palabras del santo en castellano, cuando bien las habría podido haber traducido al catalán. Y, si las hubiera dicho en vasco, no las habría entendido ni las habría podido repetir.

<sup>212</sup> VERD 1991, p. 574-580.



- ALVAR 1991 = MANUEL ALVAR, *La lengua hablada por San Ignacio*, en *ABC*, 19 de noviembre de 1991. Es un artículo de periódico, que adelanta la conclusiones del estudio pormenorizado que vería la luz en 1993.
- ALVAR 1993 y 1997 = MANUEL ALVAR, *Sobre el español de San Ignacio*, en Quintín Aldea (ed.), *Ignacio de Loyola en la gran crisis del siglo XVI. Congreso Internacional de Historia, Madrid, 19-21 noviembre de 1991* (Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1993), p. 25-48. Reeditado en M. ALVAR, *Nebrija y Estudios sobre la Edad de Oro* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997), p. 143-167.
- BESGA 2010 = ARMANDO BESGA, *El problema del nombre del País Vasco*: Letras de Deusto, n. 127 (abril-junio 2010) 9-79.
- CALVERAS 1958 = *Ejercicios espirituales, Directorio y Documentos de S. Ignacio de Loyola*. Glosa y vocabulario de los Ejercicios por el P. José Calveras, 2.<sup>a</sup> ed. (Barcelona, Editorial Balmes, 1958).
- CARO BAROJA 1945 = JULIO CARO BAROJA, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* (Universidad de Salamanca, 1945; con una reimpresión facsímil en San Sebastián, Txertoa, 1990).
- Cartas* 1874 = *Cartas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, 6 vols. (Madrid 1874-1889).
- CERTEAU 1960 = MICHEL DE CERTEAU, S.J., *Le texte du Memorial de Favre*: Revue d'ascétique et de mystique, 36 (1960) 89-101.
- Chronicon* = JOANNES ALPHONSUS DE POLANCO, *Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Jesu historia*, 6 vols.: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, [1, 3, 5, 7, 9, 11] (Matriti 1894-1898).
- CODINA 1919 = ARTURO CODINA, S.I., al que se deben, anónimamente, la edición y las introducciones de *Monumenta Ignatiana, Series secunda, Exercitia Spiritualia Sancti Ignatii de Loyola et eorum Directoria*: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, 57 (Matriti 1919).
- COLERA 1994 = ADELA COLERA, *Situación lingüística de Azpeitia, fines del siglo XV-XVI: La(s) lengua(s) de Iñigo de Loyola*, en *El pueblo vasco en el Renacimiento (1491-1521)* (Bilbao, Universidad de Deusto-Ediciones Mensajero, 1994), p. 483-490.
- DALMASES 1983 = CÁNDIDO DE DALMASES [S.J.], *El Padre Francisco de Borja*: col. BAC Popular, 57 (Madrid 1983).
- ECHENIQUE 1987 = M.<sup>a</sup> TERESA ECHENIQUE ELIZONDO, *Historia lingüística vasco-románica*, 2.<sup>a</sup> ed. revisada (Madrid, Paraninfo, 1987).

- ECHENIQUE 1994 = M.<sup>a</sup> TERESA ECHENIQUE ELIZONDO, *El lenguaje de Ignacio de Loyola*: Anuario del Instituto Ignacio de Loyola, 1 (1994) 27-39. Reeditado, con cambio de título, más exacto, *La lengua castellana en tiempo de Ignacio de Loyola*, en ECHENIQUE 1997, p. 95-108.
- ECHENIQUE 1997 = M.<sup>a</sup> TERESA ECHENIQUE ELIZONDO, *Estudios lingüísticos vasco-románicos* (Madrid, Istmo, 1997).
- Ep. mixtae = Epistolae mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537 ad 1556 scriptae, nunc primum a Patribus Societatis Jesu in lucem editae*, 5 vols.: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, [12, 14, 17, 18, 20] (Matriti 1898-1901).
- EXTREMERA 2008 = NICOLÁS EXTREMERA TAPIA, *A hegemonia do espanhol no teatro brasileiro da 1ª fase colonial*, en *Congresso internacional de língua portuguesa, filosofia e literaturas de língua portuguesa, 17 a 21 de setembro de 2007* (Rio de Janeiro, Editora CCAA, 2008), p. 295-311.
- FERNÁNDEZ MARTÍN 1981 = LUIS FERNÁNDEZ MARTÍN, *Los años juveniles de Íñigo de Loyola. Su formación en Castilla* (Caja de Ahorros Popular de Valladolid, 1981).
- FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ 2011 = INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, *La lengua de Castilla y la formación del español. Discurso leído el día 13 de febrero de 2011 en su recepción pública* (Madrid, Real Academia Española, 2011).
- Fontes doc. = Fontes documentales de S. Ignatio de Loyola. Documenta de S. Ignatii familia et patria, iuventute, primis sociis, collegit et edidit CANDIDUS DE DALMASES*: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, 115 (Romae 1977).
- Fontes narr. = Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis*, 4 vols.: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, 66, 73, 85, 93 (Romae 1943-1965).
- GARCÍA LARRAGUETA 1957 = SANTOS A. GARCÍA LARRAGUETA, *El Gran Priorato de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén. Siglos XII-XIII*, 2 vols. (Pamplona 1957).
- GARCÍA-VILLOSLADA 1958 = RICARDO G. VILLOSLADA, S.J., *Un monumento de la ciencia histórica alemana en honor de San Francisco Javier*: España Misionera, 14 (1958) 498-530.
- GARCÍA-VILLOSLADA 1986 = RICARDO GARCÍA-VILLOSLADA, S.I., *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*: col. BAC Maior, 28 (Madrid 1986).
- GONZÁLEZ OLLÉ 2004 = FERNANDO GONZÁLEZ OLLÉ, *Navarra, Romania emersa y ¿Romania submersa?*: Aemilianense, 1 (2004) 225-270.

- HENAO 1894 = GABRIEL DE HENAO, S.I., *Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria*. Nueva edición, corregida por el P. Miguel Villalta de las Escuelas Pías, 7 vols. (Tolosa 1894-1895). Se hizo una edición facsímil de esta en Bilbao, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, 1980.
- HERNÁNDEZ ALONSO 1991 = CÉSAR HERNÁNDEZ ALONSO, *Calas en la expresión escrita de Iñigo de Loyola*, en *Ignacio de Loyola, Magister Artium en París, 1528-1535* (San Sebastián 1991), p. 329-347.
- HUARTE DE SAN JUAN 1594 = JUAN HUARTE DE SAN JUAN, *Examen de ingenios para las ciencias*. [...] *Agora nueueamente enmendado por el mismo Autor, y añadidas muchas cosas curiosas, y prouechosas* (Baeça, 1594).
- IRIGOYEN 1981 = ALFONSO IRIGOYEN, *Sobre el tóponimo Gasteiz y su entorno antroponímico* (Bilbao, edición del autor, 1981).
- KENISTON 1937 = HAYWARD KENISTON, *The Syntax of Castilian Prose. The Sixteenth Century* (The University of Chicago Press, 1937).
- LETURIA 1941 = PEDRO DE LETURIA [S.J.], *El gentilhomme Iñigo López de Loyola*: col. Pro Ecclesia et Patria, 20 (Barcelona, Labor, 1941).
- LETURIA 1957 = PEDRO DE LETURIA, S.I., *Estudios ignacianos*, revisados por el P. Ignacio Iparraguirre S.I., 2 vols. (Roma, Institutum Historicum S.I., 1957).
- LOPETEGUI 1961 = LEÓN LOPETEGUI OTEGUI, S.I., *La lengua nativa de San Ignacio de Loyola* (San Sebastián 1961), artículo publicado en el *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, Año XVII (1961), cuaderno 1.º. Siento no poder citar por la página de la revista, pues uso una tirada aparte con paginación propia, corregida a mano quizás por el mismo autor.
- MANCHO DUQUE 2007 = M.<sup>a</sup> JESÚS MANCHO DUQUE, *Lenguaje ignaciano*, en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* (dir. José García de Castro), 2 vol.: Colección Manresa, 37-38 (Bilbao-Mensajero, Santander-Sal Terrae, 2007), II, p. 1115-1160.
- MARTÍNEZ DE TODA 2010 = JOSÉ MARTÍNEZ DE TODA, S.J., *Los años riojanos de Iñigo de Loyola* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello 2010).
- MATEOS 1956 = FRANCISCO MATEOS, S.I., *Los Loyola en América: Razón y Fe*, 154 (1956) 60-76, 153-176, 337-354.
- MATEOS 2004 = FERNANDO MATEOS S.J., *El castellano de Iñigo de Loyola: Encuentros en Catay* [Universidad Fujen-Taipei], 18 (2004) 221-243.
- MEDINA 1992 = FRANCISCO DE BORJA MEDINA, S.I., *Cuando servía en la corte del Rey Católico. ¿Estuvo Iñigo de Loyola en Sevilla?*: Boletín de la Real

- Academia de Buenas Letras [Sevilla], 20 (1992) 19-56.
- MEDINA 1994 = FRANCISCO DE BORJA DE MEDINA, S.I., *Íñigo López de Loyola: probable estancia en Sevilla (1508 y 1511) y su reflejo en los Ejercicios*: Archivum Historicum Societatis Iesu, 63 (1994), 3-75.
- MEDINA 1997 = FRANCISCO DE BORJA MEDINA, S.I., *Ignacio de Loyola y los judíos*: Anuario del Instituto Ignacio de Loyola, 4 (1997) 37-63.
- MENCHACA 1804 = *Epistolae Sancti Ignatii Loyolae Societatis Jesu Fundatoris libris quatuor distributae quibus accedit Liber Sententiarum ejusdem [...]* a R. M. [= ROQUE MENCHACA] *Olim Societatis Jesu in Castellana Provincia Sacerdote. Bononiae MDCCCIV. Reip. Ital. An. III. Typis Gasparis de Franciscis ad Columbae Signum. Cum approbatione*. En 1837 se volvió a lanzar al público esta edición sin cambiar nada más que la portada (lo que en biblioteconomía se llama una nueva «emisión»): *Epistolae S. Ignatii Lojolae Societatis Jesu Fundatoris libris quatuor distributae Quibus accedit Liber Sententiarum. Bononiae MDCCCXXXVII*. Como vemos, en este segundo lanzamiento no queda rastro del P. Menchaca en el título.
- MICHELENA 1957 = LUIS MICHELENA, *El genitivo en la onomástica medieval*: Emerita, 25 (1957) 134-148.
- MICHELENA 1964 = LUIS MICHELENA, *Textos arcaicos vascos* (Madrid, Minotauro, 1964).
- MICHELENA 1973 = LUIS MICHELENA, *Apellidos vascos*, 3.<sup>a</sup> ed. (San Sebastián, Txertoa, 1973).
- MICHELENA 1977 = KOLDO MITXELENA, *La lengua vasca* (Durango, Leopoldo Zugaza, 1977).
- MICHELENA 1987 = LUIS MICHELENA, *Palabras y textos* (Vitoria, Universidad del País Vasco, 1987).
- MIQUELEIZ 1932 = EUSTAQUIO MIQUELEIZ, S.J., *Apuntes biográficos del P. Miguel Ochoa S. J.* (Pamplona, Editorial Aramburu, 1932).
- Mon. Ign. Epistolae* = *Monumenta Ignatiana. Series Prima, Sancti Ignatii de Loyola, Societatis Jesu Fundatoris, Epistolae et Instructiones*, vol. I: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, [22] (Matriti 1903); vol. III: col. MHSI [28] (Matriti 1905).
- Mon. Ign. Exercitia* 1919 = *Monumenta Ignatiana. Series Secunda, Exercitia Spiritualia Sancti Ignatii de Loyola et eorum Directoria*: col. Monumenta Historica Societatis Iesu, [57] (Matriti 1919).

- Mon. Ign. Exercitia* 1969 = *Monumenta Ignatiana. Sancti Ignatii de Loyola Exercitia Spiritualia*. Textuum antiquissimorum nova editio, Lexicon textus hispani. Opus inchoavit Iosephus Calveras S.I., absolvit Candidus de Dalmases S.I.: col. *Monumenta Historica Societatis Iesu*, 100 (Matriti 1969).
- Mon. Ign. Scripta* = *Monumenta Ignatiana. Series Quarta, Scripta de Sancto Ignatio de Loyola*, 2 vol.: col. *Monumenta Historica Societatis Iesu*, [25, 56] (Matriti 1904-1918).
- MÚJICA 1936 = PLÁCIDO MÚJICA, S.I., *Reminiscencias de la lengua vasca en el "Diario" de S. Ignacio*: *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, 27 (1936) 53-61.
- NADAL, *Apologia* = JERÓNIMO NADAL, *Apologia contra censuram Facultatis Theologicae Parisiensis, 1557*, en *Fontes narr.*, II, p. 38-113.
- NADAL, *Dialogi* = JERÓNIMO NADAL, *Dialogi pro Societate contra haereticos*, en *Fontes narr.*, II, p. 219-280.
- NADAL CAÑELLAS 2007 = JUAN NADAL CAÑELLAS, S.J., *Jerónimo Nadal, vida e influjo*: col. *Manresa*, 39 (Bilbao, Mensajero; Santander, Sal Terrae, 2007).
- NAVAGERO 1879 = *Viaje por España del magnífico Micer Andrés Navagero, Embajador de Venecia al Emperador Carlos V*, en *Viajes por España*, traducidos, anotados y con una introducción por ANTONIO MARÍA FABIÉ (Madrid, Librería de los Bibliófilos, 1879), p. 231-352.
- OSÉS 1994 = CRISTINA OSÉS, *La vertiente «lingüística románica» del País Vasco*, en *El pueblo vasco en el Renacimiento (1491-1521)* (Bilbao, Universidad de Deusto-Ediciones Mensajero, 1994), p. 465-472.
- PAZOS ROMARIS 1997 = ANTONIO PAZOS ROMARIS, *La lengua castellana en los escritos de San Ignacio de Loyola*: *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola*, 4 (1997) 21-35.
- PLAZAOLA 1997 = JUAN PLAZAOLA, [S.I.], *Los Anchieta. El músico, el escultor, el santo* (Bilbao, Universidad de Deusto, Ediciones Mensajero, 1997).
- PÉREZ-ARREGUI 1956 = JUAN MARÍA PÉREZ-ARREGUI, S.J., *San Ignacio en Azpeitia. Monografía histórica*, 2.<sup>a</sup> ed. (Zarauz, Editorial Icharopena, 1956). La 1.<sup>a</sup> edición es de Madrid, Razón y Fe, 1921. La 3.<sup>a</sup>, de Vitoria, Banco de Vitoria, 1991.
- POLANCO, *Chronicon*. Véase supra *Chronicon*.
- POLANCO, *De vita* = JOANNES DE POLANCO, *De vita P. Ignatii et de Societatis Iesu initiis*, en *Fontes narr.*, II, p. 506-597.

- POLANCO, *Summarium hispanum = Summarium hispanum de origine et progressu Societatis Iesu* en *Fontes narr.* I, p. 146-256.
- POLGÁR 1990 = LÁSZLÓ POLGÁR, S.I., *Bibliographie sur l'histoire de la Compagnie de Jésus 1901-1980*, 6 vols. (Roma, Institutum Historicum S.I., 1981-1990).
- RIBADENEIRA, *De actis* = PEDRO DE RIBADENEIRA, S.J., *De actis Patris nostri Ignatii*, en *Fontes narr.*, II, p. 317-394.
- RIBADENEIRA, *Vida* = PEDRO DE RIBADENEIRA, S.J., *Vida del P. Ignacio de Loyola, Fundador de la Religión de la Compañía de Jesus*, en *Fontes narr.*, IV (Romae 1965).
- SCHURHAMMER 1964 = GEORG SCHURHAMMER S.I., *Gesammelte Studien, III. Xaveriana*: col. Bibliotheca Instituti Historici S.I., 22 (Rom 1964); en particular p. 353-392: *Nuevos datos sobre Navarra, Javier y Loyola*, publicado antes en *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, 16 (1960) 251-302.
- SOLA 1956 = SABINO SOLA, S.I., *En torno al castellano de San Ignacio: Razón y Fe*, 153 (1956) 243-274.
- Los vascones* 2009 = *Los vascones en las fuentes antiguas. En torno a una etnia de la Antigüedad peninsular*, Javier Andreu Pintado (ed.) (Universitat de Barcelona 2009).
- VERD 1982 = G. M. VERD, S.J., *Juaniza/Joaneiza, hermana de San Ignacio: Miscelánea Comillas*, 40 (1982) 99-105.
- VERD 1991 = G. M. VERD, S.J., *Las últimas palabras de San Ignacio: Manresa*, 63 (1991) 565-580.
- VERD 1995 = G. M. VERD, S.J., *López de Loyola. Los apellidos de San Ignacio: Manresa*, 67 (1995) 79-96.
- VERD 2010 = G. M. VERD, S.J., *Ignacio de Loyola, hablante y escritor: Archivo Teológico Granadino*, 73 (2010) 147-184.
- WEIGERT 1907 = L. WEIGERT, *Untersuchungen zur spanischen Syntax auf Grund der Werke des Cervantes* (Berlin 1907). Reedición facsimil en Hildesheim, Georg Olms Verlag, 1973.
- ZUBIAUR 1994 = JOSÉ RAMÓN ZUBIAUR, *Euskara y castellano en el País Vasco en la época de Iñigo de Loyola*, en *El pueblo vasco en el Renacimiento (1491-1521)*. Bilbao, Universidad de Deusto-Ediciones Mensajero, 1994), p. 473-482.